SUMARIO

ESTUDIOS

- **El devenir de la familia: una comunidad contracultural, reflexiva y plural.**
  Fernando VIDAL FERNÁNDEZ 357
- **La familia, escuela de liberación, justicia y solidaridad.**
  Pedro José GÓMEZ SERRANO 373
- **La autoridad en el interior de la familia. Experiencias, buenos deseos y perplejidades**
  Mercedes HUARTE – Miguel GARCÍA-BARÓ 389
- **La familia, lugar de transmisión de la fe.**
  Mari Patxi AYERRA 401

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

- **Solidez para la solidaridad.**
  Miguel GONZÁLEZ MARTÍN (Fundación «Alboan»). . 413

LAS BIENAVENTURANZAS

- **5. Bienaventurados los misericordiosos.**
  Ana RODRÍGUEZ LAIZ 419

COLABORACIÓN

- **La canonización del Apóstol de Madrid, José María Rubio y Peralta, SJ.**
  Paolo MOLINARI, SJ 427

PRESENTACIÓN

NUEVAS MANERAS DE SER FAMILIA

> «La familia es la más adaptable de todas las instituciones humanas: evoluciona y se amolda a cada demanda social. La familia no se rompe en un huracán, como le sucede al roble o al pino, sino que se dobla ante el viento como un árbol de bambú en los cuentos orientales, para enderezarse de nuevo»
>
> (PAUL BOHANNAN, *Todas las familias felices,* 1985)

La familia es esa escuela en la que nos preparamos para desarrollar nuestro proyecto vital. En ella balbuceamos nuestras primeras palabras, damos nuestros primeros pasos, y aprendemos lo que está bien y lo que está mal. Son muchas las voces que plantean que este espacio fundante del ser está en declive y próximo a desaparecer. La pérdida de valores, el vacío de autoridad, las nuevas maneras de vivir hoy en familia (las parejas sin hijos, los hogares monoparentales, las familias reconstituidas, las uniones de hecho, las parejas de homosexuales...) desconciertan y alarman. ¿No están anunciando tales hechos el final de esta institución?

Pese a sus sinsabores y déficits, la familia sigue siendo la institución más valorada y necesaria en la construcción de la identidad individual y social. En estos últimos años, las encuestas son concluyentes: la importancia que concedemos los españoles a la familia supera a la que atribuimos a cualquier otra institución o asunto, como los amigos, el trabajo, el bienestar económico, la religión o la política. Entonces, ¿cómo hemos de interpretar el momento vital que atraviesa esta institución?

Fernando Vidal nos ofrece algunas claves de comprensión. Con lucidez y perspectiva, define a la familia como una institución llamada al cambio y empujada a una nueva manera de ser: profundamente con-

tracultural, más arriesgada y reflexiva, y abiertamente pluralista. Desde una aproximación sociológica nos sitúa en el laberinto de caminos desde los que vivir la experiencia familiar. Los siguientes artículos que componen este número nos sugieren, desde un mismo sentir cristiano, diferentes modos de resolver esta encrucijada.

Pedro José Gómez nos invita –con esperanza y con la convicción de quien siente que su proyecto es posible, porque lo vive– a apostar por una familia-escuela, transmisora de valores y sentidos como la libertad, la justicia y la solidaridad. Con profundidad y realismo, nos ofrece pistas para vivir la familia como espacio de crecimiento humanizador. Muy en conexión con este ideario familiar, *Mercedes Huarte* y *Miguel García-Baró* nos ayudan a resituar lo que implica ser autoridad en la familia. Con la hondura y honestidad que les caracteriza, Mercedes y Miguel reflexionan –como pareja y como padres de siete hijos– sobre la angustia, la perplejidad y el don que supone dar «vida y sentido» a sus hijos; y junto con dos de ellos, María y Fernando, dialogan sobre cómo podemos ser autoridad y ayudarles a vivir.

«Si al término de mis días hubiera conseguido que mis hijos vivieran sabiéndose profundamente amados por Dios y gozaran de esta relación, podría decir que habría logrado la mayor ilusión de mi vida»: con este espíritu, y desde su ser creyente y orante, *Mari Patxi Ayerra* comparte sus vivencias y reflexiones como educadora y transmisora de la fe de sus hijos y de tantos otros que hemos pasado por el sofá de su casa. En este momento de secularización, Mari Patxi nos sugiere con creatividad diferentes modos de llegar y acompañar a los hijos en su itinerario espiritual.

ST 91 (2003) 357-372

ESTUDIOS

El devenir de la familia: una comunidad contracultural, reflexiva y plural

Fernando VIDAL FERNÁNDEZ*

Entrar en el debate sobre la institución familiar en el siglo XXI nos sitúa ante un árbol de dilemas. Y como primera medida para afrontarlo, sería recomendable modificar las mismas condiciones de ese debate público haciéndolo menos doctrinario, ampliando el sujeto deliberante e implicando más las diversas investigaciones filosóficas, éticas, psicológicas y antropológicas. Desde el punto de vista de la esfera pública, es importante no deliberar desde lo doctrinario, sino liberar lo familiar de adscripciones permanentes y de dogmatismos: lo familiar no es monopolio de nadie, sino que es social y vivencialmente tan primordial –para cada uno y para toda la comunidad política– que toda ideología mayoritaria debería arbitrar una política específica para su defensa y promoción. También es cierto que las tradiciones, además de promover la adhesión a sus creencias y prácticas, deberían comunicar públicamente lo mejor de la visión de la familia que su patrimonio ofrece a la vida pública, a fin de optimizar las leyes y usos. En este escrito pretendemos colaborar a dicha deliberación pública desde una perspectiva sociológica, atendiendo al devenir que, desde un punto de vista científico, está cursando la institución familiar.

Existe pleno acuerdo en que, a partir de lo que históricamente conocemos, la familia es la agrupación humana primordial por antonomasia y la más elemental de todas. Y no es poco haber llegado a este consenso tras un recorrido ideológico tan convulso en

* Profesor de Sociología en la Universidad Pontificia Comillas (Madrid).

torno a la misma idea y virtud de la familia. En ese recorrido se ha buscado desde su extirpación hasta, en el otro extremo, propuestas patriarcales y autoritarias de vida familiar. Hoy se da un general convencimiento de que la familia es la piedra angular de la estructura social y cultural: el lugar donde se construye la cultura y se afianzan –cognitiva, normativa y emocionalmente– las creencias y los valores en un solo proceso que trenza las tres legitimaciones y las arraiga en la propia definición de la identidad del sujeto en formación. Es la primera y mayor agencia de socialización, por la profundidad y duración de su troquelado, por la inmediatez y facilidad del proceso y por la participación y corporatividad del sujeto en la comunidad parental[1]. Desde la familia, el niño construye la realidad social y la organiza emocionalmente. Realmente, como señalaron los primeros sociólogos decimonónicos, la familia es la pieza clave de la creación social, el filtro de la socialización más definitiva. En tanto que institución central en los procesos de integración social, la familia no sólo efectúa la socialización primaria de los hijos, sino que además establece marcos en los que se configuran los sistemas de interacción y construcción de identidad de los adultos. La familia es un lugar privilegiado para el aprendizaje sentimental y narrativo; aunque, por ser privilegiado, no plantea exclusividad alguna: nuestra identidad se construye y negocia en ámbitos distintos. Por eso es justo considerarla «matriz» de desarrollo y de integración social[2]. La familia genera y transmite la forma básica de valor moral: las maneras de vinculación social, que es lo que sostiene lo comunitario y los imaginarios (el sistema de representación de la cultura, que sabemos está compuesta de creencias, valores y sentimientos).

La cultura se constituye en virtud de una infraestructura, de un sentido y de una comunidad, y la familia se informa también desde

1. La coparticipación radical de todos los miembros de la familia es reforzada como idea desde las perspectivas nuevas de raíz constructivista, en las que se señala que incluso «los niños son agentes activos en el proceso de construcción de valores, estableciéndose una relación transaccional, aunque asimétrica, con el adulto»: Rodrigo y Palacios, 1998, 205.
2. En una cultura como la nuestra, no obstante, la identidad no es lo idéntico, y por ello las formas de la vinculación social son también formas en las que se ejercen distancias, conflictos y desvinculaciones: las formas de construcción de identidad no son sólo formas de construcción de adhesiones, sino también de diferencias, de conflictos y de pluralidad (Carlos THIEBAUT, «Los valores morales en la familia española», en [M. Beltrán y otros] *Estudio sobre la familia española,* Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid 1987, 121-196).

esas dimensiones. Los principales cambios que afectan a la familia no se vinculan tanto a las variaciones en sus estructuras internas cuanto a su adaptación a las nuevas condiciones, especialmente las económicas. Es más, los principales riesgos contra la solidaridad y el sentido de familia provienen de los cambios que están sucediéndose en el orden de la cultura económica, de modo que, desde un punto de vista estratégico (atendiendo a lo más estructural y multiplicador), las campañas en favor de la familia deberían trabajar contra el neoliberalismo. Es llamativo cómo, por el contrario, con frecuencia suele darse una afinidad electiva entre ideologías neoliberales e ideologías defensivas de la familia.

1. Primera nota. La difícil familia neoliberal: procesos de socavamiento y disolución

Desde la perspectiva de la cultura económica, es decir, de las creencias, valores, sentimientos y prácticas que ordenan la acción económica, la familia encuentra graves impedimentos que la socavan y la disuelven. *La familia es una institución que, vivida en toda su misión, es profundamente contracultural: para la esfera pública produce solidaridades, prioridades y personas de fuerte sujeto que contravienen la ortodoxia capitalista; desde el mundo íntimo genera narraciones, vínculos y experiencias que critican y deslegitiman la lógica neoliberal.*

La primera intervención de lo económico en la familia viene del socavamiento de la convivencia en la familia. Una sociedad que no valore el tiempo de familia como un bien público a proteger, es una sociedad que no estima crucial la crianza de la siguiente generación. La nueva organización neoliberal del trabajo obliga a una familia a vivir cortada por varias discontinuidades. Discontinuidades relacionadas con la incompatibilidad horaria, debido al alargamiento y la multiplicación de turnos (con consecuencias para la falta de presencia de los miembros en la convivencia familiar), y relacionada también con la discontinuidad de tiempos laborales y tiempos de desempleo (que, por encontrar también oportunidades, permite temporadas de mayor disponibilidad para atender a la familia y genera intercambios temporales en los papeles de trabajo doméstico). Pero éstas son cuestiones secundarias, aunque estén en primera línea de las consecuencias prácticas para la vida diaria de las familias. La

cuestión central es que la familia no es ya un factor estimable para las organizaciones económicas más avanzadas, quienes prescindirán de sus políticas de familia y de la promoción abstracta de un tipo de familia o de la misma existencia de ésta.

La familia, institución flexible y versátil donde las haya, es muy dependiente del resto de factores sociales, culturales, políticos y económicos. Pero especialmente ha dependido, hasta el momento, de lo económico. En el modo de desarrollo industrial, con empresas de solera, negocios familiares y empleos fijos, se buscaba la estabilidad de los recursos (materiales, humanos y financieros) y del orden social, lo que influía en un modo familiar estable centrado en torno al trabajador, normalmente el padre de familia. Antaño, la economía agraria había defendido familias extensas con numerosas manos para trabajar. Sin embargo, la transición del modo de desarrollo industrial al modo de desarrollo informacional ha introducido importantes cambios que afectan agudamente a la familia. La inestabilidad, la flexibilidad y lo fluido han sustituido a los códigos estables de la cultura económica y laboral: las empresas son fácilmente liquidadas, desmontadas y fragmentadas en redes; los empleos se convierten en proyectos temporales; los contratos por cuenta ajena se transforman en contratos con autónomos; los negocios de la nueva economía no necesitan estabilidad del entorno social ni parecen necesitar la estabilidad de sus profesionales, por lo que la familia es un factor innecesario para el orden comunitario, irrelevante para el perfil de los profesionales e inconveniente para las políticas salariales y de servicios de las empresas.

La mayor parte de los trabajos se redefinen, gracias a las nuevas tecnologías y a la nueva organización de la empresa, para ser desempeñados por personas que realizan tareas rutinarias, sin autonomía ni creatividad, con baja responsabilidad, y en las que no importa la cualificación que se tenga: es lo que se ha dado en llamar la «mcdonalización» del trabajo o, como dice Coupland, los «mcjobs». Esa «secundarización del mercado laboral» no sólo tiene efectos de agenda, sino que tiene también consecuencias en el orden cultural. La progresiva carencia de carreras profesionales por la secundarización del mercado de trabajo conlleva la ausencia de modelos éticos de trabajo, lo que dará como resultado una menor capacidad para transmitir intergeneracionalmente una moral laboral y la obsolescencia del concepto de vocación como formador de la identidad. Incluso Richard Sennet, en su libro «La corrosión del

carácter», analiza perfiles curriculares de mercado primario (cualificados en puestos creativos o directivos) que confiesan estar a menudo «al borde de la pérdida de control de sus vidas»[3]. Les preocupa no dedicarse lo suficiente a sus hijos[4] y tienen miedo de no poder educarlos adecuadamente[5].

Además, también nos encontramos con un necesario socavamiento del patriarcalismo, por la tendencia al mayor empleo femenino. A la vez, se produce una sobreexplotación de la mujer, lo que redunda en mayores tensiones dentro de la vida familiar y en una nueva distribución del estrés social, antes asociado principalmente al varón. Diversos estudios respaldan la tesis de que la incorporación masiva de la mujer al mercado de trabajo ha sido posible por la mayor explotación a que es posible someterla. Se ha incorporado al mercado, pero, al igual que los jóvenes, los inmigrantes y los mayores de cincuenta años, en unas condiciones de peor calidad laboral. Además, la incorporación femenina no ha conducido a una reforma de la jornada laboral del varón, sino que la familia tiene que soportar una doble ausencia, y los trabajos domésticos y de crianza, asignados tradicionalmente a la mujer, siguen cargando sobre las mismas. Pese a las nuevas reformas legislativas de conciliación familiar, todavía no está extendida una idea del trabajo masculino que comprenda sus obligaciones familiares.

La justa incorporación de ambos cónyuges ha tenido otro efecto: socialmente se ha impuesto que la debilitación de los salarios y los puestos de trabajo no tiene tanto coste social, al existir dos fuentes salariales: despedir a una persona no conlleva la carga de despedir a «una persona con familia», sino que se supone que, si tiene familia, el cónyuge también trabaja o debería tener esa responsabilidad. A medida que trabajan más personas en la familia, los salarios y la seguridad laboral relativa descienden.

---

3. «Rico teme que las medidas que necesita tomar y la manera como tiene que vivir para sobrevivir en la moderna economía hayan lanzado a la deriva su vida interior y emocional»: R. SENNET, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo,* Anagrama, Barcelona 2000, p. 18.
4. «...cuyas necesidades [las de los hijos] no pueden programarse para que se adapten a las exigencias de su trabajo»: R. SENNET, *op. cit.,* p.19.
5. «Ahora que él es padre, le obsesiona el miedo a perder la disciplina ética, en especial el temor a que los hijos se vuelvan unas "ratas de centro comercial" (...) mientras los padres permanecen inaccesibles en sus despachos»: R. SENNET, *op. cit.,* p. 20.

Los efectos de la neoliberalización del trabajo son muy profundos en la vida familiar, ya que impide disponer de suficiente tiempo para atender a los hijos, que pasan a ser criados a lo largo del día por personal de apoyo. En España las actividades extraescolares han crecido exponencialmente, en parte como efecto de la necesidad de tener a los hijos ocupados en el colegio hasta la hora más tardía posible. Es conocida también la generalización del apoyo escolar para adelantar la hora de recepción de los hijos en los colegios a tempranas horas de la mañana; a la vez, muchas escuelas infantiles se prestan a custodiar a los hijos hasta que finaliza la tarde, a las ocho de la noche.

Esta infraestructura económica que interviene en la familia es una parte de la influencia de lo económico en lo familiar. La otra influencia, menos evidenciada pero más penetrante, procede de la cultura económica de consumo. La cultura económica consumista hace que lo familiar sea contracultural. La construcción consumista del imaginario social hace soluble a la familia. La familia tradicional se está disolviendo. Su ámbito se reduce, y está cada vez más nuclearizada. Su estructura se altera, y las relaciones de alianza, filiación y consanguinidad se modifican. La familia –dicen incluso algunos predictores– está cada vez menos conectada con el orden social y ya no es la célula fundamental, porque al individualismo del capitalismo de producción y acumulación (y la familia es, entre otras cosas, un dispositivo productor de individuos) se opone el grupalismo del capitalismo de consumo: al individuo como sujeto de la producción sucede el grupo como objeto de consumo. Como dijo Jesús Ibáñez, la publicidad no nos habla de los productos, sino que nos muestra el grupo de consumidores en el que debemos disolvernos a través de la comunión del objeto-fetiche; es decir, al comprar un producto de marca, no es el objeto el marcado, sino que somos nosotros marcados como miembros del grupo de consumidores. Porque en el modo capitalista laboral el individuo era el sujeto de producción, pero en el modo capitalista consumista el grupo es el objeto de producción: el producto es el mismo grupo, no el objeto. La desestructuración de las relaciones familiares por el capitalismo de consumo es coherente y funcional con el desarrollo de ese sistema, porque, si no es necesario que haya individuos, entonces no es necesaria la familia, que puede incluso ser un obstáculo, al resistir con identidades grupales alternativas.

La cultura profunda (cultura de sabiduría) es, en primer lugar, sustituida metonómicamente por el espectáculo, en el sentido de Guy Debord: la estética es la fuente de la ética, los estilos de vida son la medida de la identidad, y el reconocimiento es la evaluación del sentimiento. En segundo lugar, es dominada por la racionalidad instrumental mercantilista, y la familia pasa a ser, en combinación con lo anterior, un alambique de estrategias de «maximini» (maximización de resultados minimizando gastos) que cosifican a mayores, pequeños, adultos, varones, mujeres...

2. Segunda nota. La arriesgada familia reflexiva

La familia, antigua unidad de consumo del capitalismo de producción, está siendo un problema para que el mercado pueda hacer flotar las identidades de los consumidores independientemente de sus raíces y lugares, reagrupándolos en distintas marcas de aglomeración. Pero el orden de producción cultural no sólo se ve alterado actualmente por esta lógica de consumo, sino que todo el marco cultural está siendo redefinido por una creciente reflexividad. La reflexividad es una condición constitutiva de la segunda modernidad. Consiste en que las agencias tradicionales ya no tienen autoridad para prescribir los imaginarios, que pasan a ser intervenidos por distintas agencias en competencia y construidos reflexivamente por el que necesita una identidad. Dicha reflexividad no significa soledad, sino constructivismo. La familia ya no es heredera de una identidad institucionalizada, sino que se enfrenta a un proyecto que tiene que desarrollar positiva y activamente si no quiere carecer de ella.

Hay una transición de las identidades de inserción a las identidades de elección. En las primeras, la identidad era una consecuencia de la adhesión insertiva en una institución o comunidad cultural; era un subproducto de la inserción. Actualmente, la identidad personal, pero también la identidad o cultura corporativa, es el resultado provisional y crítico de una cadena de elecciones que constituyen al individuo como proyecto, como sujeto expresado en la acción. Anthony Giddens nos indica en su obra *Modernidad e identidad del yo* (Península, Barcelona 1991) que, cuanto más pierden su dominio las tradiciones y más se reconstituye la vida diaria en virtud de la interacción dialéctica entre lo local y lo global, tanto más forzados se ven los individuos a negociar su elección de tipo de

vida entre una diversidad de opciones. En efecto, «en el contexto del orden postradicional el yo se convierte en un proyecto reflexivo. (...) La planificación de la vida, organizada de forma reflexiva, se convierte en el rasgo central de la estructuración de la identidad propia» (Giddens, 1991, cap.1). La reflexividad, que puede llevar a la anomía y la desestructuración de las personalidades, así como a la indiferencia ante lo comunitario, abre oportunidades al prevalecer la elección y la constructividad de los sujetos.

La misma familia se torna un proyecto reflexivo en el que las tradiciones tienen un papel cada vez menos determinante y en el que los individuos desempeñan un papel de doble reflexividad, al negociar su posición progresivamente, conforme avanzan en edad (pero cada vez más temprano). Ya no nos encontramos con familias de linaje, sino con individuos familiarizados, a la vez que se extiende una mentalidad en la que la familia se privatiza radicalmente, en el sentido de reconocer menor legitimidad a los poderes públicos para intervenir en el fenómeno familiar. La familia se cierra sobre sí misma, en una especie de contraincesto cultural: así como los clanes tribales protohumanos lograron empujar la evolución social gracias a la exogamia, casando a cónyuges de diferentes clanes, parecería que en este momento la familia viviera una acentuada endogamia cultural, debido a la privatización familista.

La familia de destino, la que uno genera, pasará, de ser una condición necesaria para la aceptabilidad social, a ser una elección optativa de estilo de vida. En la sociedad futura, si se consolida la tendencia actual, la familia de destino será cada vez más una opción de estilo de vida y una cuestión, por tanto, de la vida privada de cada cual.

Esta reflexividad se agudiza en el caso de la familia por la decadencia del patriarcalismo. Dicha decadencia hace surgir un nuevo mapa conceptual en el que el varón pierde su función específica de limitador y cierre de autoridad social. ¿Qué es ser varón? ¿Qué es ser padre? Sin duda, desde la experiencia concreta un varón sabe qué es para su pareja, y un padre sabe lo que es para su hijo; pero resulta más difícil identificar cuál es la institución específica que forma. En la actualidad, ¿qué es lo específico de lo paternal que justifica socialmente su presencia y explica su actividad? La incertidumbre es muy alta y somete a los varones a una búsqueda en la que no va a servirle de mucha ayuda el esquema tradicional vigente hasta hace una década. El varón, junto con el resto de la familia, se

ve volcado en una labor reflexiva que no es necesaria para el sentido de su acción cotidiana, pero que es imprescindible para la sostenibilidad social de su papel social.

Sin embargo, hay un actor que vive más agudamente la nueva condición de reflexividad: el menor. La crianza se ve alterada en sus modelos por la nueva reflexividad. El niño, descubierto como un sujeto activo que construye su imaginario, requiere de otra geometría de autoridad y comunicación con sus mayores. Una geometría capaz de formarle profundamente como sujeto radicado y discerniente. En la familia se necesita cada vez más una educación capaz de formar sujetos autónomos, es decir, habilitados para ser constructores y decisores en las más inciertas condiciones culturales y frente a las más variadas propuestas. Los riesgos son patentes: desestructuración, anomía, relativismo, nihilismo, etc. Claramente, no hay atajos para la reflexividad, y el retorno a esquemas autoritarios o la restauración del patriarcalismo no podrían traer más que desastres mayores. Estamos abocados al riesgo: nos da más potencia y más grados de libertad. Pero también nos hace depender más y nos precipita a decisiones que cada vez tendrán resultados más extremos, tanto para lo bueno como para lo contrario. La familia tiene una tarea de educación más compleja, que necesita mayores inversiones en la crianza y fuentes culturales más profundas o de mayor sabiduría.

La reflexividad tiene también otra consecuencia pública: la pluralización. Estimamos que esto constituye una tercera nota del devenir de la familia.

3. Tercera nota. La pluralización familiar

Asistimos a una complicación desconocida en la Historia, debido a la legítima irrupción de las singularidades en la plaza pública pidiendo poder dar, en muchos casos, lo mejor de sí. Es un dinamismo que tiene numerosas manifestaciones: interculturalidad, plurietnicidad, ecumenismo, derechos de las minorías, pluriconfesionalismo, secularización, europeización, globalización, localismos y nacionalismos, pluralización de formas familiares y domésticas, generaciones cada vez más cortas y diferenciadas, igualdad de géneros, creación de nuevas identidades sexuales, las generaciones futuras, la recuperación de la memoria de las generaciones anteriores

(como la memoria de los exiliados o las víctimas), la progresiva autonomía reflexiva de los individuos y entidades, el mayor papel de los niños como constructores de su propio proyecto, el progresivo avance del Tercer Sector, etc. En todos estos signos hay una pluralización de los sujetos con distintas creatividades y singularidades.

Entendemos que la pluralización puede jugar a favor de esa deliberación pública sobre la familia. Las diferencias entre sujetos, y entre formas y culturas familiares no son un efecto secundario del devenir de nuestra civilización, sino un factor creativo de primera magnitud que pone en escena las políticas de identidad (la pregunta por el ser, el sentido histórico y la esperanza del futuro, ya que la identidad es la narración alterada del yo) y una demanda de una nueva arquitectura comunitaria que tenga como principio, no la tecnocracia y la tolerancia, sino la participación y la convivencia, es decir, un regreso del sujeto y de la diferencia.

La pluralización se deriva de la libertad para definir la propia familia y también el mayor poder de distintos sujetos para legitimar públicamente su modelo de familia. Un repaso a las estructuras de la familia nos permite ver el mapa de pluralización de los modelos de familia.

Sprott diferencia tres planos dentro de la familia que nos servirán para realizar nuestro particular chequeo a las distintas formas de familia y las principales líneas de modificación del modelo nuclear que dominó durante varias décadas y que todavía sigue siendo mayoritario. Podemos analizar haciendo varias preguntas a la familia (tres preguntas principales con algunos interrogantes de segundo grado en dos de ellas): ¿Quiénes y cómo son nuestros parientes? ¿Cómo se decide y quién hace qué, según el género? ¿Cómo se relacionan las personas de diferente edad?

3.1. Quién es familia

3.1.1. La primera estructura, la *parental,* comienza por una primera pregunta: ¿quiénes serán nuestros parientes en el futuro? Se avanza hacia un parentesco reticular, en el que la comunicación existe pero se activa cíclicamente, según el curso de vida (nacimientos, matrimonios, muertes), o coyunturalmente, según las necesidades sociales (migraciones, crisis económicas, exilios, estudios fuera de la ciudad de residencia familiar,

etc.). Es un parentesco en el que los miembros se constituyen por consanguineidad, desde luego; los lazos de sangre continúan teniendo vigencia, es decir, que cualquiera que tiene contigo un lazo de sangre de segundo o más grado está legitimado para acudir a ti con intenciones de establecer comunicación. Pero nada más: ya no existe, ni existirá probablemente de nuevo, un código moral que establezca vínculos de deberes y derechos sobre los parientes. Porque el parentesco dependerá de la construcción singular e histórica de la sociabilidad, de las pandillas infantiles y juveniles. Como mucho, persistirá un antiguo deber de *auxilia* y *consilia,* de ayuda urgente y consejo o escucha a aquellos parientes que no estén incluidos en esas pandillas primarias.

- Esto indica una fuerte distinción entre red parental y comunidad familiar: lo parental se legitima cada vez más en lo comunitario: es familiar aquel con quien se han establecido lazos afectivos o de historia común, pero nadie echará en cara a nadie que no atienda a parientes con los que no ha tenido apenas trato. Esto es muy interesante, porque lo que cambia es uno de los criterios de la organización emocional de la realidad, o lo que Levi llama el nosismo, y Lipovetsky denomina socionarcisismo, en su realización histórica actual: en definitiva, cómo se construye lo que las familias entienden por «los nuestros» o los individuos enuncian como «los míos», aquellos por los que se está dispuesto incluso a sacrificar la propia vida.

- Hay otro aspecto muy interesante de los cambios en la concepción del parentesco, y es que la sociología ha caracterizado como función principal de lo parental la ubicación histórica del individuo en una comunidad de memoria y de esperanza que era el clan; cuestión bien interesante, porque en una sociedad en la que las comunidades tradicionales (iglesias, patrias, partidos) están en declive, ¿en qué continuidad o flujo histórico va a incardinarse el sujeto? Y si es alguna otra formación social, ¿qué vínculos van a establecerse, diferentes de la consaguineidad o la herencia genética o el compromiso biovital entre generaciones? ¿Qué capacidad vinculante tendrán? ¿Avanzamos hacia un modelo deudor del pragma-

tismo de Richard Rorty que podría decir que ya no hay familia, sino relaciones familiares? ¿Se desprende la reflexividad de la familia de la dimensión intergeneracional? ¿Qué concepción existirá de la solidaridad (dependencia o corresponsabilidad) con las generaciones pasadas (la solidaridad con la memoria) y con las futuras?

- También constituye un fenómeno nuevo la coyuntural reducción del número de hijos, que va a conllevar el que existan muchas personas sin hermanos y que, consiguientemente, no hayan conocido experiencialmente la fraternidad, lo cual es una modificación en la infraestructura de la formación sentimental del sentido moral.

3.1.2. *Grupo doméstico.* ¿Quién vive con nosotros? Se está produciendo aceleradamente una formación de nuevos hogares polinucleares recombinados, compuestos por fragmentos de familias separadas y divorciadas, lo que conduce a la aparición de una nueva versión de la madrastría, así como de los padrastros y hermanastros. Una situación no desconocida por nuestra sociedad, que, sin embargo, parece haberse olvidado de la misma. Roussel recuerda la frecuencia con que se daban hogares polinucleares recombinados por causa de la alta mortalidad de las mujeres en los partos, hace apenas siglo y medio.

3.1.3. *Legitimidad conyugal.* ¿Quién puede ser mi cónyuge? Permanece vigente el tabú sindiásmico del incesto, según el cual no pueden ser cónyuges aquellos afectados por una línea consanguínea o política de ascendencia, descendencia o consanguineidad: ni padres ni madres (ni padrastros ni hermanastros) ni hermanos (uterinos o adoptados, hermanos o hermanastros). Además, gana fuerza el tabú romántico: los cónyuges deben enlazarse enamorados, no por conveniencia. A la vez, existe un modelo biparental que sostiene el esquema de legitimidad conyugal, sosteniendo la misma necesidad de dos progenitores, que parece verse variado por la monoparentalidad. Finalmente, hay un tercer tabú que paulatinamente se debilita: el tabú heterosexual, que impide que los cónyuges sean del mismo sexo. La crónica es la de una sociedad que acepta la legitimidad de la identidad y las relaciones homose-

xuales; que estima justo que exista una institucionalización pública de las parejas homosexuales, a las que se ofrece la posibilidad de un matrimonio convivencial; que no pone obstáculos a personas que adoptan niños que van a convivir en un hogar con una pareja homosexual; o que asume la realidad de parejas con hijos que se recombinan con una pareja homosexual. Realmente, la situación está pendiente de la aceptación del fin de la prohibición de la conyugalidad homosexual, conyugalidad que lleva asociado el derecho de paternidad. Éste sería –ya está siendo en muchos lugares– el cambio más radical de la morfología familiar, creando mucha incertidumbre y una oposición no muy beligerante en la discusión pública, que augura un éxito que es cuestión de tiempo.

3.1.4. *Institucionalización matrimonial.* ¿Cómo puedo casarme y descasarme? Lo más relevante es el paso del matrimonio de fusión al matrimonio asociativo, por el que se constata una devolución de los procesos de institucionalización matrimonial a la comunidad primaria y la creación de derechos matrimoniales de baja intensidad que provocan que los matrimonios sociales (o parejas de hecho o matrimonios convivenciales) tengan que realizar un acto legal ante un notario para que realmente no exista como acto susceptible de generar una figura jurídica. El hecho consumado es la transición, del matrimonio como institución administrativa a que se acogen los individuos, a una institución privada en la que los poderes públicos intervienen para garantizar derechos y cumplimiento de deberes. Las consecuencias se reducen fundamentalmente a situaciones de desamparo legal y al cambio en los compromisos institucionales de los individuos frente a la comunidad primaria que fundan, con cierta tendencia a la anomía. Por lo demás, las consecuencias psicológicas en los matrimonios sociales frente a los matrimonios legales son idénticas.

3.2. La estructura de género. La segunda estructura de la familia es la que afecta a las relaciones de género, como ya hemos comentado, marcada por la decadencia del patriarcalismo y la construcción reflexiva de un nuevo modelo de relaciones de género todavía no establecido, pero presidido por un ideal demócrata.

3.3. La estructura genésica o de relaciones entre distintas edades, que también ha sido dibujada en su principal característica: la reflexividad. Los menores son, cada vez más, sujetos autónomos que negocian. También hay que destacar el hecho de que los padres contemplan el fenómeno de los hijos cada vez más cargado de expresividad, lo que sobreemocionaliza las relaciones y sobredemanda de los hijos una carga expresiva que puede llevar a nuevos autoritarismos de corte emocional. Un capítulo destacado lo constituyen las personas mayores de la familia. Simplemente, queremos indicar la consolidación de la cuarta edad, más allá de una «tercera edad» que supone un tercio de la vida. En efecto, estamos ante una edad dorada de los abuelos. Frente a los augurios del fin de la «abuelidad» por el aislamiento de la familia nuclear, ha irrumpido una nueva «abuelidad» que redefine lo parental y hace posible la vida cotidiana de cientos de miles de familias con niños pequeños.

4. De la insustituible función de la familia a su misión histórica

La familia está variando sobre esas tres notas: una familia más contracultural, más arriesgada y más pluralizada.

En contra de las visiones pesimistas de algunos, no es el fin de la familia. Nunca hubo tanto consenso sobre la necesidad de lo familiar. La familia es la única institución tradicional que crece en prestigio, credibilidad y deseabilidad. La familia se ha convertido en la principal fuente de cultura. El amor familiar y la filiación son una experiencia deseada y virtuosa. Esto hace que la familia sea más demandada, aunque no tenga suficiente centralidad en la esfera pública como para ser también fuente de valor para ordenar parte de la comunidad política.

Las funciones de la familia han ido variando en el imaginario social. Pese a que permanecen con gran fuerza sus funciones económicas, no tienen un campo tan amplio como antes: ya no es unidad de producción, sino que lo es sobre todo de capitalización y consumo. Las funciones emocionales, sin embargo, han evolucionado al alza. «La familia occidental se ha convertido en una fábrica de personalidades» (Luis Flaquer, *El destino de la familia,* Ariel, Barcelona 1998, 35). De ella depende la fijación de la cultura del individuo (las creencias y valores, con sus respectivos relatos) y, en

gran parte, la estabilidad de los sujetos desde la infancia hasta la vejez. Lo familiar tiene una función principalmente identitaria como proyecto temporal, bien sea de forma veraz a través de interacciones empíricas con la red parental en sus distintos planos, bien imaginariamente, por los símbolos asociados a los antepasados clánicos. La red de parientes asume esa función general de ubicación histórica (narrativa) del sujeto o de los sujetos sociales que se formen. Generalmente se vinculan a las redes parentales otras funciones como aquéllas de carácter económico o asistencial en crisis o de reconocimiento social en los diversos ritos (la sociedad se personifica sobre todo en la red parental con la que interactuamos: son los parientes –y también los amigos, en diferentes medidas y sin garantías vitalicias– presentes en los ritos de paso quienes atestiguan quién se es).

La familia nuclear (padres e hijos) tiene históricamente como función la reproducción (al menos la reconocidamente idónea o normativamente óptima) demográfica de una comunidad política y la correcta crianza de la progenie según la cultura de creencias y valores socialmente establecida como ética cívica (mínima). Además, la familia nuclear incluye la función paterna y la función materna, que han tenido distintas configuraciones institucionales a o largo de la historia, pero cuya presencia como papeles interactivos es universal, siempre que exista el progenitor.

Por su parte, la comunidad familiar (los familiares que comparten una intensa relación: padres, hijos, abuelos, tíos...) tiene la función universal de la solidaridad (del tipo mecánico, según Émile Durkheim, o del tipo natural, según Ferdinand Tönnies) primaria, permanente e interfactorial en condiciones de parentesco entre los miembros. Además, hay otra función única y universal: la comunidad familiar produce bienes y servicios en condiciones de familiaridad que pueden disponerse para la implementación de dicha solidaridad. En tanto en cuanto la familia nuclear constituya además una comunidad, vinculará también esta función primaria de generación de bienes y servicios en condiciones organizativas de familiaridad. Ninguna otra institución del mundo, aunque se haya buscado, produce ese tipo de bienes. Por caso, el amor de madre es único e insustituible. Sólo se da en una familia nuclear, y en ninguna otra relación. La crianza en una familia nuclear o en una comunidad familiar es insustituible. También la ayuda familiar en los negocios parte de unos supuestos de familiaridad que no se dan en ningún

otro tipo de relación, por ser diferente a los trabajos voluntarios, asalariados o esclavos.

Puede que las funciones familiares lleguen a no ser imprescindibles para la supervivencia humana, pero sí serán insustituibles; y por lo que se conoce históricamente, la familia es la estructura óptima para la reproducción, la socialización, la formación del sujeto y la integración social. Es al mismo ejercicio de las funciones familiares a lo que ponen impedimentos la nueva empresa neoliberal, la cultura consumista o las políticas que no incluyen lo familiar como sujeto y derecho. La diversificación de formas familiares, contra lo que suele decirse, puede significar una revalorización de las funciones familiares en nuestra sociedad.

Por encima de las funciones de la familia, hay una pregunta mayor: ¿qué papel debe jugar la misión histórica de la familia, aquí y ahora, frente a lo humano y frente a la historia? Ya no es sólo una cuestión de políticas de familia. sino de la misión histórica de la familia en lo humano.

Queda una sensación de laberinto abierto: un camino no hecho, del que tendremos que salir; y parte del camino que tomemos será ya el sitio al que tenemos que llegar. Subyacen muchas preguntas morales frente a las que, desde luego, la sabiduría tiene un papel fundamental que desempeñar para ayudar a deliberar a la comunidad política. Me recuerda aquella célebre pregunta de Alicia al gato: *¿De aquí cómo se sale?,* y a la que el gato responde: «Depende de adónde quieras ir».

ST 91 (2003) 373-387

La familia, escuela de liberación, justicia y solidaridad

Pedro José GÓMEZ SERRANO*

Le preguntaron a una mujer saharaui, madre de numerosos hijos, a cuál de ellos quería más: «Al *pequeño* hasta que *crezca,* al *enfermo* hasta que *sane,* al *viajero* hasta que *regrese*»

(Tomado de Rafael Prieto, «El júbilo de cada día», en *Cuaresma y Pascua 1997,* Cáritas, Madrid 1997).

1. Introducción

Tras unas décadas en las que se hablaba frecuentemente de crisis, se está produciendo en los últimos años una revalorización de la familia que parte del reconocimiento, crecientemente compartido, de que hay cuestiones fundamentales para el desarrollo positivo de los individuos que se juegan en ella y que otras instancias difícilmente pueden suplir. En cierto sentido, la familia sigue siendo, a pesar de todo, el ámbito primario privilegiado de personalización y socialización; un espacio de autorrealización, comunicación, ocio y afecto, por lo que, cuando falla en su cometido, su fracaso repercute no sólo en la maduración personal de sus miembros, sino también en el entorno social, como saben perfectamente psicólogos, trabajadores sociales, sociólogos y educadores. En la familia acontecen las primeras experiencias de la vida, que tanta importancia tienen en la configuración de la forma personal de situarse ante el mundo. Todo lo que venga después servirá para modificar o enriquecer esas experiencias fundamentales que, cuando han sido negativas o dolorosas, ocasionan daños que pueden ser muy difíciles de superar.

* Miembro del Consejo de Redacción de *Sal Terrae*. Profesor de Economía Mundial en la Universidad Complutense. Madrid.

Ciertamente, las encuestas sociológicas destacan que la familia es una institución altamente valorada por todos, jóvenes y adultos, aunque sus funciones hayan podido modificarse con el paso del tiempo.

Por otra parte, a pesar de este generalizado aprecio social, la familia es una realidad frágil desde numerosos puntos de vista. La mayor diversidad de modelos familiares y la asunción de los valores postmodernos que otorgan preeminencia a las preferencias subjetivas, en un contexto de mucha mayor tolerancia que en el pasado hacia formas no convencionales de configurar el núcleo familiar, han conducido al establecimiento de unos vínculos interpersonales más débiles. Se ha ganado, ciertamente, en libertad frente a las presiones sociales y en autenticidad con respecto a la vivencia y expresión de los sentimientos afectivos, pero, a cambio, la solidez de las relaciones personales en el seno de las familias se ha reducido, lo que tiene repercusiones significativas en el terreno educativo, que es al que deseamos referirnos en esta reflexión.

Parece claro que puede analizarse el rol que desempeña la familia actual, en general, dentro del ámbito educativo. Sin embargo, en este artículo me gustaría destacar, con un optimismo que nace de mi propia experiencia como hijo, como hermano, como marido y como padre, las grandes posibilidades educativas que posee la que podríamos denominar *familia cristiana* para proponer e iniciar en la realización de los valores de la liberación, la justicia y la solidaridad. Aunque, antes que nada, convendría aclarar si existe algo así como «la familia cristiana». De entrada, ya es difícil precisar si un individuo es o no creyente, dada la profundidad, intimidad y carácter misterioso y libre de la experiencia de la fe. ¡Cuánto más lo será definir la identidad cristiana en el caso de un grupo plural...! Hoy en día se nos escapa el alcance real de expresiones como «colegio cristiano», «universidad cristiana», «asociación de tiempo libre cristiana»..., por no decir partidos políticos o sindicatos «cristianos». Y, sin embargo, cabría identificar como «familia cristiana» a aquella en la que los padres y los hijos de cierta edad intentan configurar las relaciones interpersonales en el hogar a partir de los valores y actitudes básicos propuestos en el Evangelio. No deseo entrar aquí en una absurda competición sobre las mayores o menores bondades de las familias que se construyen desde la experiencia de la fe, pero sí me parece conveniente insistir en que la fe tiene la pretensión de inspirar todos los ámbitos de la vida, también el familiar, y que la

vivencia cristiana proporciona unos criterios y unas energías que pueden contribuir a hacer, de cualquier familia alimentada por el espíritu del Evangelio, un espacio de crecimiento humanizador.

En este sentido querría dar un contenido propiamente cristiano a los valores, por otra parte universales, de la liberación, la justicia y la solidaridad. En mi modesta opinión, la fe cualifica estos valores dándoles una enorme radicalidad y convirtiéndolos en mediación de la relación religiosa. Dios nos capacita para vivirlos, y al vivirlos nos abrimos a su misteriosa presencia. Así, la liberación cristiana es, ante todo, capacidad de autonomía para el amor y superación tanto de los condicionantes externos de la libertad como de las tentaciones internas de convertirnos en centro del universo. La justicia en la tradición bíblica no se concibe como aplicación no discriminatoria de la ley según el clásico «dar a cada uno lo que le corresponde», sino recuperación de la fraternidad y la igualdad fundamentales por la reivindicación de los pobres. Y la solidaridad es la manifestación afectiva y efectiva del reconocimiento de que todos los seres humanos formamos parte de la misma familia.

2. La familia como espacio educativo

Antes de proceder a mostrar o sugerir qué pueden hacer las familias para iniciar a sus miembros en los valores de la libertad, la justicia y la solidaridad, quisiera compartir algunas convicciones sobre la familia y sus potencialidades educativas que podrían ser objeto de un amplio debate entre padres y educadores.

En primer lugar, me parece evidente que *la familia y la sociedad han cambiado mucho,* y esto resulta determinante tanto para clarificar lo que entendemos por «educación» como para descubrir la capacidad que puede tener la familia para constituirse en escuela para la vida. En concreto, hemos pasado, de entender la educación como mecanismo de integración en una realidad dada, a considerarla un proceso de experimentación que desarrolla las capacidades de discernimiento y las habilidades sociales necesarias para comprometerse de un modo creativo en un mundo dinámico. No se trata de que los adultos den a los más jóvenes el plano detallado de lo que la sociedad es, sino de que les adiestren en las virtudes de la exploración y la supervivencia, para que afronten con imaginación la aventura de la vida con unos cuantos criterios básicos que ayuden a

orientarse en la selva de estímulos, valores y propuestas en que se ha convertido nuestra sociedad. Las imágenes del mundo interactivo, del reciclaje y de la formación permanente resultan más adecuadas para comprender la actividad educativa que la idea de la transmisión completa de un equipaje que aspire a tener validez definitiva.

En segundo término, parece imprescindible reconocer que las sociedades cambiantes y pluralistas *necesitan más y no menos educación* (y no sólo formación), si no quieren que sus miembros caigan en la desorientación, la anomía, el relativismo o el escepticismo. Como es sabido, el significado del concepto «educación» es doble. Por una parte, significa ayudar a sacar lo mejor de uno mismo y, por otra, orientar el crecimiento. Ambas cosas son absolutamente necesarias en la actualidad, y ello requiere una sabia combinación de exigencia y respeto; de establecimiento de límites y entrenamiento en la libertad; de estímulos y de paciente espera; de la oferta de una pluralidad de experiencias vitales potencialmente enriquecedoras y del aprendizaje que otorgan las experiencias personales de búsqueda y fracaso. Tales experiencias han de realizarse en un entorno de diálogo, respeto y reciprocidad, de comunicación y de soledad.

Además, si, como decía Paulo Freire, nadie educa a nadie, sino que *todos nos educamos mutuamente,* esto es cada vez más cierto en las familias de las sociedades igualitarias y pluralistas. Aunque los adultos tienen, sin lugar a dudas, un recorrido experiencial y una formación teórica mayor que los niños, los adolescentes y los jóvenes, no es menos cierto que nuestro mundo se modifica de continuo, por lo que todos nos vemos obligados a hacer y rehacer continuamente nuestra imagen del mismo y las elecciones éticas que nos sitúan ante él. En esta tarea permanente, el diálogo entre todos los miembros del hogar y la aportación de sus diversas perspectivas resultan de una enorme riqueza. En la familia, la actividad educativa se produce a varios niveles. Muchos hábitos (no sólo higiénicos, sino también relacionales, morales, intelectuales, estéticos, religiosos, etc.) se adquieren inconscientemente por asimilación imitativa. Son las costumbres, criterios o actitudes que más profundamente interiorizamos, que más damos por obvios y que, muchas veces, más nos condicionan sin darnos cuenta. En otro plano, nuestro entusiasmo o autoridad moral también es cauce de la transmisión de valores y aficiones (los hijos de aficionados al deporte suelen serlo;

los de las personas con sensibilidad artística también; etc.). También el aprendizaje compartido, la argumentación racional o el imperativo ético tienden a ser ocasión de un crecimiento en valores, aunque estos procesos exigen un esfuerzo que muchos padres desearían ahorrarse.

Ello nos lleva a reconocer que *la relativa abdicación educativa de muchos adultos en las familias actuales es una verdadera tragedia.* Inhibirse con la excusa de respetar la libertad de los hijos implica desconocer que todos estamos sometidos a un permanente influjo exterior y que los más jóvenes se encuentran a merced de los mensajes socialmente dominantes, si no tienen el acompañamiento de adultos que les ayuden a procesarlos críticamente. La renuncia de los padres a tomar en serio sus obligaciones educativas parece reflejar tanto la perplejidad de los propios adultos ante el pluralismo ambiental, como cierto temor a la confrontación o cierto miedo a ser considerados tradicionales y represivos. Pero la ausencia de educación es mucho más dañina que una educación autoritaria (de la que uno podrá librarse más adelante). De hecho, el abandono relacional y afectivo en que viven muchos jóvenes acaba resultando nefasto para la consolidación de su personalidad y es fuente de innumerables fracasos escolares o de comportamientos socialmente conflictivos.

No obstante, habría que afirmar con toda contundencia que, en contra de lo que parece, *la familia tiene muchas posibilidades de educar de una manera profunda.* Si el entorno de iguales tiene un influjo indudable sobre los adolescentes y los jóvenes, como lo tienen la publicidad o los grandes medios de comunicación social, es debido a que los adultos más cercanos a ellos no ejercen la relación comunicativa y cariñosa que les corresponde, porque este tipo de relación requiere un tiempo y un esfuerzo que algunos padres no desean invertir. Si bien la capacidad de seducción de los *mass-media* es indudable, la profundidad de su impacto es mucho menor que el de las personas significativas. Sin embargo, las jornadas de trabajo excesivas, las prioridades del ocio en la pareja, la posibilidad de «enchufar» a los chavales al ordenador, la televisión o la consola, etc. suelen generar una pérdida de comunicación habitual entre los niños y sus padres que luego, en la adolescencia, es difícil de recuperar. Sostengo, sin embargo, que nada influye más en cualquier individuo (incluso adulto) que aquello que nos llega de las personas que son afectivamente más importantes para nosotros,

especialmente si se dirigen a nosotros con el testimonio de sus vidas.

De hecho, *quiera o no quiera, toda familia educa de algún modo,* aunque no sea con sus mensajes explícitos, sino con su manera de vivir. Es imposible que la convivencia de muchos años no tenga un gran influjo en todos los miembros de la unidad familiar en múltiples aspectos como los gustos, los intereses, las prioridades, la actitud ante el orden, las formas de relación, la manera de enfrentarse a los problemas, etc. El problema mayor desde el punto de vista educativo radica en no analizar de forma consciente el tipo de persona que el espacio de convivencia que es cada familia contribuye a crear. Nos marcan las virtudes de nuestra propia familia, pero también sus defectos y carencias. En nuestra edad adulta repetiremos, sin darnos cuenta, patrones y estrategias que habíamos asimilado en nuestra infancia, intentaremos llenar las lagunas afectivas que nos quedaron, asumiremos conscientemente valores y actitudes que descubrimos en nuestra familia y nos empeñaremos en no repetir los errores que padecimos (aunque, por desgracia, a lo peor los repetimos con las nuevas generaciones).

3. La familia: escuela de valores

La familia es escuela de valores, no tanto porque en ella se produzca una formación teórica y sistemática sobre los mismos (aunque también ello ocurra en cierta medida), sino porque constituye un laboratorio práctico en el que aprendemos a vivir y a convivir de una forma natural. No sólo aprendemos modos de relacionarnos en el plano interpersonal o formas de desarrollar capacidades individuales, sino a comprender el mundo en que vivimos y a ensayar distintos modos de insertarnos en él. Descendamos ahora, en concreto, a analizar algunas urgencias educativas que reclaman una respuesta de las familias.

3.1. Educar para la liberación

¿De qué hemos de liberarnos?, puede pensar más de un joven actual consciente de que nunca como ahora los individuos han gozado de menos restricciones externas para actuar en muchos campos, de

más ofertas por parte de la sociedad y de mayores capacidades culturales y económicas. Y, con todo, vivimos en una sociedad que genera sutilmente sumisión. En el límite de la alienación, como decía Marcuse, el individuo ha interiorizado de tal manera los mensajes dominantes en la sociedad que considera como propias las necesidades y actitudes asimiladas acríticamente. O, en palabras de Erich Fromm que me parecen insuperables, «el hombre puede ser un esclavo sin cadenas: no se ha hecho más que trasladar las cadenas, del exterior, al interior del hombre. El aparato sugestionador de la sociedad lo atiborra de ideas y necesidades Y tales cadenas son mucho más fuertes que las exteriores: porque éstas, al menos, el hombre las ve, pero no se da cuenta de las cadenas interiores que arrastra creyendo ser libre. Puede tratar de romper las cadenas exteriores, pero ¿cómo se librará de unas cadenas cuya existencia desconoce?». Y añadamos nosotros, desde la propia sabiduría cristiana, que las cadenas no son únicamente aquellas que se introducen solapadamente desde fuera para «teledirigirnos», sino también aquellas que habitan en lo profundo de nuestro interior haciéndonos girar hacia nosotros mismos y que, con mil mecanismos de defensa, intentamos ignorar. De eso se trata, precisamente, en la actualidad: de sortear la tentación de la libertad esclava, que nos convierte en centro de nuestro interés y polo de autosatisfacción.

En la sociedad actual hay mucha «libertad de», pero poca auténtica «libertad para», porque faltan los criterios que nos ayuden a descubrir qué opciones pueden ayudarnos realmente a realizar un proyecto de vida que merezca la pena. Nos parecemos a esas personas que pisan por primera vez un supermercado y, deslumbradas y desorientadas por la diversidad de artículos existentes, se dejan llevar por los más llamativos, sin saber a ciencia cierta su valor ni si corresponden a sus verdaderas necesidades. Existe también entre nosotros un acusado «miedo a la libertad» (que se traduce en angustia ante opciones que conlleven arriesgar la vida o renunciar a otras oportunidades) y, al mismo tiempo, «miedo a la autoridad» (por cuanto alguien pueda poner en cuestión el sagrado derecho a hacer lo que en cada momento nos apetece).

Ante los desafíos de la desorientación, el miedo, el egoísmo, el narcisismo, la libertad autosuficiente o la sumisión a la presión social, las familias tienen una labor educativa apasionante cultivando en su seno actitudes que no son demasiado frecuentes en nuestra sociedad:

* Iniciando en la interioridad, la reflexión y la dinámica vocacional, según la cual Dios es capaz de hablarnos a través de las personas y acontecimientos que nos rodean.
* Ayudando a sus miembros a crecer en el espíritu crítico (¿por qué tendemos a hacer esto o lo otro?) y autocrítico (¿por qué actúo así), para que puedan dar razón de sus elecciones.
* Utilizando de forma inteligente los medios de comunicación social, cuyos contenidos y mensajes deberían discutirse en todas las familias.
* Entrenando en el arte del discernimiento, con lo que tiene de valoración dialogada de las opciones por los principios y las consecuencias que conllevan.
* Aprendiendo a elegir y asumir responsabilidades de forma progresiva y afrontando las consecuencias (sin proteccionismos ni abandonos).
* Invitando a formular y a explicitar el propio proyecto de vida (al nivel adecuado a cada etapa de la vida) desde el realismo y la audacia.
* Asumiendo la crítica constructiva y la corrección fraterna como mecanismo necesario para aprender y crecer desde la autonomía.
* Descubriendo que aceptar lazos de fidelidad y solidaridad con personas y con valores no se opone en absoluto a la libertad, sino que la realiza.
* Aceptando que en el ejercicio de la libertad hay que afrontar muchas veces el conflicto, la negociación con los demás y el respeto a los otros.
* Reconociendo que entre la liberación propia y el compromiso con la liberación de los demás hay una estrecha relación. Como decía Bertolt Brecht, «o todos o ninguno, o todo o nada; uno sólo no puede salvarse».

Lo mejor de todo es que estos importantísimos aprendizajes vitales pueden ir realizándose en cualquier familia que haya creado un clima de amor y aceptación, a través de las mil pequeñas decisiones y tareas que constituyen la vida cotidiana en cualquier hogar. Para que el efecto educativo de la interacción sea positivo basta, en realidad, con que todos los miembros de la familia dialoguen de forma habitual sobre sus decisiones, los motivos que las fundamen-

tan, los sentimientos profundos que las acompañan y los efectos que generan, sin que sea necesario complicar más las cosas. Compartir la vida en un ambiente cariñoso y libre es, en sí mismo, educativo y terapéutico. Sólo cabría recordar que las afirmaciones anteriores no están dirigidas exclusivamente a los más jóvenes, sino a todos los miembros de la familia. Quizá sean los mayores los que muestran, en realidad, más resistencia al cambio. Pero si los adultos quedan excluidos de las reglas del juego y se refugian en una posición de superioridad, el proceso educativo quedará bloqueado.

3.2. Educar para la justicia

Desde muy pequeños, aprendemos en nuestra casa a reconocer lo que es justo o injusto, la necesidad y el valor de las normas para la convivencia, la importancia del respeto mutuo y la capacidad «cicatrizante» del perdón. Estas convicciones serán decisivas para nosotros posteriormente, cuando establezcamos cualquier tipo de relación, sea interpersonal, grupal o de ciudadanía. Ninguna convivencia puede ser fructífera o duradera, a la larga, si no se asienta en la justicia. Y, sin embargo, nuestra sociedad se caracteriza por haber hiperdesarrollado la conciencia de los propios derechos (muchas veces entendidos en términos individualistas) y tender a olvidar las correspondientes obligaciones. En mi opinión, el reto que en este ámbito ha de afrontar la familia consiste en ayudar a que sus miembros incorporen un sentido firme y universal de la justicia, sorteando el peligro de defender una concepción de la justicia resentida o legalista.

También a este respecto la familia representa un espacio privilegiado de aprendizaje, porque en ella se descubre que cada persona es sagrada y única, pero que todas tiene derechos y obligaciones con respecto a las demás. Otra ventaja indudable de la familia radica en que en ella fácilmente puede observarse que los miembros que la componen, a pesar de tener idéntica dignidad, son diferentes a todos los niveles: edad, sexo, conocimientos, experiencia, etc. Por ello, en su interior se percibe con claridad que dar a todos el mismo trato y proyectar las mismas exigencias no sería justo. En realidad, la justicia evangélica consiste en que todos pongamos en juego todas nuestras capacidades en favor de los últimos, único procedimiento por el que se podría llegar a construir una igualdad efectiva.

En todas las familias, los recién nacidos, los ancianos, los enfermos... nos interpelan directamente y nos recuerdan que las necesidades de cada uno son diferentes. El criterio de justicia que emana del Evangelio es aquel que nos confronta con los talentos que Dios nos ha dado y que nos urge desarrollar para ponerlos al servicio de los pobres; no el que compara nuestro comportamiento con una norma objetiva común a todos, aunque, eso sí, tampoco acepta que quienes tienen menos capacidades o están limitados dejen de aportar lo que están en condiciones de realizar.

Esta sana sabiduría constituye un toque de atención a tantas familias: cómo han llevado a cabo una pésima educación de sus hijos, aceptando que sean unos tiranos que se sienten con muchos derechos y apenas alguna obligación (lo que les convertirá el día de mañana en una carga social) o haciéndoles inútiles a base de atiborrarles de cosas que no suplen la falta de comunicación y consintiéndoles cualquier comportamiento para que no se frustren. Algo parecido ha ocurrido cuando el reparto del trabajo, el poder o la influencia se han distribuido de manera asimétrica entre los miembros de la familia.

En mi modesta opinión, la educación para la justicia en la familia tiene tres objetivos prioritarios:

* «Ad intra», los miembros de la unidad familiar tienen que establecer en un diálogo abierto, que tome en consideración las capacidades y circunstancias de cada persona, los derechos y deberes de cada uno por lo que se refiere a las tareas del hogar, a los horarios de trabajo, estudio y ocio, a la acogida de los visitantes, a la toma de decisiones, a las actividades familiares, etc. Aceptar en este terreno cualquier tipo de discriminación arbitraria (por ejemplo, entre varones y mujeres) conducirá a una mala educación para la justicia.

* «Ad extra», los miembros de la familia deben caer en la cuenta de que el mundo en que vivimos es radicalmente injusto y reclama que adoptemos un género de vida comprometido en su transformación y configurado por un estilo de vida que aúne actitudes con repercusión social, como la austeridad, la honradez, la renuncia a los privilegios, el respeto, la disponibilidad, la sinceridad, etc. No vaya a ser que la defensa de los derechos propios o el grado de justicia conseguida en el interior del hogar se rea-

lice al margen o a costa de las grandes injusticias de alcance planetario.

* Más allá de la justicia exigible, la vida familiar más corriente nos enseña la insustituible importancia del perdón, la flexibilidad, la tolerancia y la misericordia. Sin ellas, que forman el centro del mensaje de Jesús, la sociedad más justa se vuelve de una rigidez y una frialdad insoportables; es decir, se vuelve inhumana.

3.3. Educar para la solidaridad

Damos aquí el paso, de una ética de mínimos, a la ética de máximos. Porque, efectivamente, la solidaridad y la fraternidad, en lo que tienen de entrega libre, de afecto mutuo y de reconocimiento recíproco, van mucho más allá de lo que es exigible desde el punto de vista ético o legal, para llevarnos al terreno de la entrega personal libre. Posiblemente el peligro a sortear con respecto a la vivencia familiar de este valor estaría constituido por la solidaridad restringida, esto es, el fenómeno, tan frecuente en nuestro entorno, de aceptar vínculos de solidaridad sólo con «los míos», que son definidos en cada ocasión según convenga: mis familiares, mis vecinos, los de mi ciudad, los de mi país, los de «la Unión Europea»... En estos casos, el «nosotros» se construye por la vía de la separación frente a «los otros». La solidaridad cristiana, por el contrario, es una realidad que rompe las fronteras entre las personas, para introducirlas en una dinámica de intercambio abierto a todos.

La familia parece el espacio ideal para descubrir el valor de la solidaridad, ya que el amor, que suele existir en mayor o menor medida entre sus componentes, puede facilitar la profundidad e intensidad de las relaciones interpersonales. En definitiva, todos hemos aprendido en nuestra propia familia las palabras más importantes del vocabulario humano: padre, madre, hermano. Desde estas categorías llegamos incluso a dirigirnos a Dios. Y en esto consiste básicamente la solidaridad: en aceptar de forma real que los demás seres humanos forman parte de nuestra propia familia, ampliar nuestra familia hasta incluir de alguna forma a todos; en descubrir que somos interdependientes y que ninguna actitud inferior al amor corresponde adecuadamente a las expectativas de los seres humanos. La hospitalidad hacia los que llegan y la preocupación por los

problemas y necesidades de quienes nos rodean, abren a la familia a la realización práctica de la solidaridad cristiana.

Aunque, como es lógico, de la solidaridad podríamos analizar mil aspectos, voy a referirme exclusivamente a tres:

* La experiencia de amor incondicional y fiel, que puede darse en la familia de un modo eminente, es el sustrato imprescindible para que la persona tenga capacidad para confiarse a otros y establecer verdaderos vínculos solidarios. También suele serlo para que la fe tenga una experiencia humana en la que apoyarse. Quien no ha hecho esa experiencia tendrá dificultades para abrirse a la fraternidad.
* La familia debería ser el gimnasio donde desarrollar las habilidades sociales básicas de la solidaridad: la capacidad de acogida, el aprecio por el diferente, la ayuda mutua, la comunicación sincera, las manifestaciones afectivas, la práctica del perdón, la acción cooperativa, etc. Los «hijos únicos teleadictos» ¿cómo aprenderán el significado real del verbo fundamental «compartir»?
* La familia, finalmente, a través de tantos gestos sencillos y generosos que normalmente realizan los padres por sus hijos, es la realidad humana que mejor puede iniciarnos en la experiencia de la gratuidad, del dar sin medida, del amar sin condiciones. Cuando se accede a esa experiencia, se está tocando verdaderamente el límite entre la tierra y el cielo.

4. Conclusión

Me he referido a tres valores que son reconocidos como fundamentales por la mayor parte de las sociedades actuales y que, desde luego, son nucleares para la tradición cristiana. Pero no ha de pensarse que se trata de valores independientes. Por el contrario, entre sí mantienen una relación de complementariedad dialéctica y mutuo enriquecimiento. La libertad que se absolutiza da lugar a la jungla, como bien muestra el desarrollo del capitalismo global, insensible al drama de las inmensas muchedumbres de los pobres, a pesar de haber generado una abundancia desconocida en el pasado. La justicia aislada de otros valores puede caer en el legalismo formalista o

en el totalitarismo burocrático e inmisericorde, de los que tantos ejemplos hemos tenido a lo largo de la historia. Incluso pensar la solidaridad sin contrapesos puede hacernos pecar de ingenuidad o facilitar el abuso de los poderosos y los egoístas. Una sociedad que no sacrifique ninguno de ellos y los cultive simultáneamente puede ganar mucho en verdadera calidad de vida. Porque los viejos ideales de la Revolución Francesa (Libertad, Igualdad y Fraternidad) siguen estando todavía a medio realizar. Y, sin embargo, tengo la convicción de que, cuando madura y desarrolla una fina sensibilidad para la justicia, la libertad puede llegar a culminar en un tipo de solidaridad que las incluya positivamente. La vida es el espacio en el que estos valores han de verificarse, pero la familia es el lugar en el que pueden empezar a descubrirse.

Deseo terminar, una vez más, dando la palabra a la imaginación y al testimonio, porque tienen una capacidad de llegar al corazón de la que la reflexión carece. Un conocido relato de Tony de Mello expresa esta feliz combinación de valores a la que hemos venido refiriéndonos al hablar de la familia:

> Dos hermanos, uno soltero y otro casado, poseían una granja cuyo fértil suelo producía abundante grano, que los dos hermanos se repartían a partes iguales.
>
> Al principio todo iba perfectamente. Pero llegó un momento en que el hermano casado empezó a despertarse sobresaltado todas las noches, pensando: «No es justo. Mi hermano no está casado y se lleva la mitad de la cosecha; pero yo tengo mujer y cinco hijos, de modo que en mi ancianidad tendré todo cuanto necesite. ¿Quién cuidará de mi hermano cuando sea viejo? Necesita ahorrar para el futuro mucho más de lo que actualmente ahorra, porque su necesidad es, evidentemente, mayor que la mía».
>
> Entonces empezó a levantarse de la cama cada noche, acudía sigilosamente adonde residía su hermano y vertía en el granero de éste un saco de grano.
>
> También el hermano soltero comenzó a despertarse por las noches y a decirse a sí mismo: «Esto es una injusticia. Mi hermano tiene mujer y cinco hijos y se lleva la mitad de la cosecha; pero yo no tengo que mantener a nadie más que a mí mismo. ¿Es justo, acaso, que mi pobre hermano, cuya necesidad es mayor que la mía, reciba lo mismo que yo?».

> Entonces comenzó a levantarse de la cama para llevar un saco de grano al granero de su hermano.
>
> Un día se levantaron de la cama al mismo tiempo y tropezaron uno con otro, cada cual con un saco de grano a la espalda.
>
> Muchos años más tarde, cuando ya habían muerto los dos, el hecho se divulgó. Y cuando los ciudadanos decidieron erigir un templo, escogieron para ello el lugar en que ambos hermanos se habían encontrado, porque no creían que hubiera en toda la ciudad un lugar más santo que aquél.

Hasta aquí el cuento. Por mi parte, sólo añadiría que el templo podría también constituir un homenaje colectivo a la familia que fue capaz de hacer crecer una sensibilidad como aquella.

Aún podemos apelar, más allá de las parábolas, a la experiencia de personas concretas que han hecho realidad la familia como escuela para una vida libre, justa y solidaria. Por desgracia, las relaciones entre las creencias religiosas y los valores no son unívocas. La encarnación de la fe en la realidad familiar puede dar lugar, en la práctica, a experiencia extremas contrapuestas. Los últimos conflictos armados que han azotado nuestro mundo con dosis enormes de sufrimiento nos lo recuerdan. En el nombre de Yahvé, se mata y oprime en Palestina; en el nombre de Alá, las madres entregan a sus hijos a las acciones suicidas; en el nombre del Dios de Jesús, se ejecutan las venganzas del imperio. Pero deseo finalizar con esperanza este artículo, recordando un testimonio que a mí me estremeció y me hizo pensar que Dios puede hacer maravillas con el género humano. Se trataba de una carta escrita por una religiosa de Bosnia que había sido violada por paramilitares serbios. Como consecuencia de aquella canallada, había quedado embarazada y se vio obligada a abandonar el convento y renunciar a su vocación primera. Lo que me conmovió hasta lo indecible es que, después de expresar el dolor, la humillación y la impotencia que había padecido, manifestaba que dedicaría el resto de su vida a educar a su hijo, que había sido concebido en un acto de violencia y de odio, para que fuera capaz de amar y perdonar a todos los seres humanos. Que Dios la ayude en su tarea, así como a todas las familias que en situaciones mucho más fáciles intentan vivir los hermosos valores de la libertad, la justicia, la solidaridad y la paz.

Pero no hace falta llegar a situaciones tan alejadas de nosotros. Mientras termino de escribir estas líneas, los medios de comunicación anuncian el fallecimiento de Julio Anguita Parrado, periodista de *El Mundo,* enviado especial para informar sobre el ataque a Iraq, e hijo del ex-Coordinador General de Izquierda Unida. En sus primeras declaraciones tras la muerte de su hijo, Julio Anguita, conmocionado aún por el dolor de la noticia, dijo algo que puede ser adecuado colofón a estas páginas: «Era un hombre muy abierto y un buen periodista; mi hijo ha muerto cumpliendo con su deber». Me imagino que, a pesar de todo, estará muy orgulloso como padre: él también ha cumplido con su obligación al hacer de su familia una escuela de dignidad.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

«Siempre me ha seducido la idea de que la relación matrimonial es un paradigma de las relaciones que deberían reinar dentro de la Iglesia para que ésta pueda ser comunidad: lo será el día en que sepa centrar su atención en la comunidad esponsal y familiar. Se trata de dos comunidades que tienen el mismo temperamento: la comunión. (...) Por eso el concilio Vaticano II, al reflexionar sobre lo que es la Iglesia, ha vuelto a descubrir el carácter evocador del matrimonio y, analizando a continuación la comunión matrimonial, ha vislumbrado que en ella está presente ya la Iglesia.

También la relación de la Iglesia con el mundo se ve iluminada por el amor conyugal: hacer crecer al mundo dejando que sea mundo, sin obligarlo a ser Iglesia; acudir a él para aprender lo que nos pueda enseñar; saber apreciar el pluralismo de ideas y de opciones...: todas éstas son actitudes que se derivan del amor de alteridad, que adquiere valor y tiene su fuente en la relación de los esposos».

176 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 11,00 €**

ST 91 (2003) 389-399

La autoridad en el interior de la familia.

Experiencias, buenos deseos y perplejidades

Mercedes HUARTE y Miguel GARCÍA-BARÓ*

1

Cuando nos pidieron que escribiéramos un artículo sobre la cuestión de la autoridad y la familia (de la autoridad en la familia), encontramos que teníamos motivos a favor y motivos en contra para aceptar el encargo. A favor: porque es un tema que nos parece de la máxima importancia y sobre el que hemos hablado a menudo, desde que descubrimos en nuestra propia carne lo difícil que resulta educar a los hijos (lo cual nos hizo reflexionar mucho más a fondo de cuanto lo habíamos hecho con anterioridad sobre los problemas de educación habidos ya también en la familia de nuestros respectivos padres). En contra: porque ni mucho menos hemos descubierto la solución al problema. Al final nos decidimos por compartir nuestras reflexiones, aunque no sea más que como muestra de apoyo a todos los que se enfrentan con la cada vez más difícil tarea de intentar transmitir a alguien un modo de vivir que tenga sentido.

Precisamente es así como debe afrontarse la gran cuestión: la autoridad es sólo de verdad útil para ayudar a iluminar sentido. Claro que hay que distinguir la autoridad de cualquier otra forma de poder o fuerza. Sólo tomamos la palabra «autoridad» en la acepción que le hace significar una determinada preeminencia de alguna persona respecto de otra u otras en una situación precisa, de tal modo

* Mercedes Huarte (Profesora en la Universidad Pontificia Comillas. Madrid); Miguel García-Baró (Profesor en la Universidad Pontificia Comillas. Madrid); con la colaboración de María y Fernando García-Baró Huarte.

que esa preeminencia esté reconocida por cuantos se encuentran implicados en la situación y esté, además, bien fundada. Y como la familia, se la defina como se la defina, está esencialmente abierta a la realidad de los hijos, no es exagerado decir que, si en ella no hay autoridad, todo se desmorona.

El hijo parte, por necesidad biológica, de una posición en la que es preciso el don, en múltiples sentidos, de los padres hacia él. Ser hijo es ser, antes que nada, objeto de una entrega. Si ésta se interrumpe demasiado pronto o no es suficientemente generosa, la condición de ser obligado a la recepción que subsiste en el hijo deja a éste gravísimamente truncado, frustrado. Es una persona que ha partido de una base. por así decirlo, rota, interrumpida. Sólo los mecanismos sociales de reemplazo de los padres (padres de adopción, sean o no familiares de sangre próximos del hijo) pueden recoser esta brecha en la humanidad futura del niño; y cuanto más de oficio desempeñen su delicadísima tarea, es decir, cuanto más respondan a un dispositivo técnico de la sociedad y no al amor real, tanto menos fácilmente conseguirán su fin.

Pero este don, que es el correlato de la condición universal de hijo, no consiste sobre todo, ni mucho menos, en la alimentación y el cobijo físico, sino en el amparo personal. Lo más importante de la entrega, sin la cual el hijo queda imperfecto en su condición de hombre, es proporcionarle un espacio espiritual de desarrollo de sí mismo, nada fácil de concretar en expresiones sencillas. El hijo necesita ser el objeto del cuidado, de la palabra, del afecto, de la propuesta de ejemplos. Él es como una urgencia de respuestas que no podrán salir de su intimidad como no sean planteadas las preguntas correspondientes y atinadas, como no se le dirijan auténticos estímulos humanos con los que pueda entrar en relación el reclamo de humanidad plena que él ya es.

Podemos no tener amigos, no tener cónyuge, no tener hijos...; pero hemos sido introducidos en la existencia a través del estadio de nuestro ser hijos. Todo hombre es para siempre un ser necesitado, alguien cargado de la potencia del amor, que, sin embargo, precisa, como decía maravillosamente Platón, encontrar fuera de sí mismo belleza en la que engendrar, o sea, en la que engendrarse él al responderle. Por largo y ascendente que pueda ser el camino que describa nuestra existencia, sin este socorro de la belleza, del bien, del ser exteriores a nosotros, pero que nos conciernen en nuestro centro y a los que damos respuesta, perdemos toda posibilidad y nos sumi-

mos, literalmente, en el infierno: en la soledad pura con nosotros mismos, tediosa, acongojante, negra y aniquiladora, como tan intensa y realistamente la describía Pascal. Ningún sufrimiento es más lamentable y más definitivo que el producido por el egoísmo; sólo que hay egoísmos casi naturales, inducidos por la horrible falta de estímulo que suplantó en la infancia a lo que debería haber sido el amparo fundamental del don de los padres a su hijo.

Pues bien, la entrega, sin la cual no hay crecimiento posible de la humanidad del hijo, construye por sí sola la única relación de autoridad que libera a esta palabra de todo matiz peyorativo, de toda connotación de violencia y poder incomprensibles, irracionales. Seguramente todas las demás figuras de la autoridad sin violencia son variaciones, modulaciones de esta primera. Por ejemplo, la autoridad del maestro, o sea, la autoridad de la verdad a medias encarnada en un hombre, es un reflejo de aquella primordial autoridad del bien, el amor y la verdad que se sienten recibidos, a la vez, de los auténticos padres en cada momento de la existencia del hijo. Sólo puede ser maestro quien ha hecho amorosamente suya una parte de la verdad y, además, ama a quienes esperan del contacto personal con él la inspiración para repetir, a su modo peculiar, esa misma asimilación personal de lo real. Y en el paradigma del padre o la madre (mejor todavía: de la acción conjunta, dialogal, de los dos para con los hijos) esto significa que es preciso que su autoridad proceda del modo en que ellos han logrado alguna instalación en el sentido verdadero de las cosas. Ha tenido que ser la profunda verdad del mundo la que les haya guiado hasta la formación de una familia y la procreación de los hijos. Ahora que éstos han nacido, el sentido de la realidad, su belleza, su verdad, que ya ha empezado a madurar en los padres, tiene que ser el origen de la autoridad que están demandando los hijos.

El hijo tiene pleno derecho a preguntar a sus padres por el sentido de todas las cosas. Ya sólo con haberles nacido los interroga, les pide a gritos, a llantos repetidos, sentido, y les contesta con la sonrisa impersonal y absoluta, perfecta, del recién nacido en cada momento en que siente alguna satisfacción: una sonrisa que cada vez mira más concreta y fija a los padres y les exige y les agradece más y más.

2

Empezamos, pues, por reconocer el problema: ¿cómo se puede soñar siquiera con que los padres lleguen al momento de tener que empezar la educación de sus hijos con la madurez imprescindible? Seguramente no hay ninguna situación en toda la vida que exija más de alguien que este momento, en el que se mira por primera vez a un hijo propio que está pidiéndote sencillamente todo. La experiencia de que es así y de que uno no está preparado debe de ser universal. Ahora ya ha pasado el momento de adquirir algún peso de sabiduría y bondad: te has vuelto fuente primordial de todo, incluido el sentido esencial de las cosas, para tu hijo, en compañía de otra persona que se siente tan perpleja, tan esperanzada y tan angustiada como tú mismo. Al menos, la madre se lanza inmediatamente al cuidado elemental de la vida de su hijo. El padre, sobre el que recae menos peso urgentísimo en esta dirección, queda a una distancia algo mayor de su hijo, pero está más cargado de inquietud e inseguridad acerca de su propia autoridad real. Por fuerte que haya sido la experiencia anterior de responsabilidad mutua que ha ocurrido en el momento siguiente al matrimonio, esta experiencia nueva, también de responsabilidad mutua, pero además orientada a un tercero que casi, por el momento, somos nosotros mismos (es la expresión directa de nuestro amor, del sentido que hemos dado a nuestra vida), es de una violencia y una maravilla que no se compara con nada.

A la necesidad enorme, abierta, absoluta que es un hijo, responden los padres siempre deficientemente; pero no hay nadie que pueda reemplazarlos por entero. Se impone reconocer, como un dato que se encuentra en la misma base de toda existencia humana, que la familia está desbordada por la misma misión que la define. No se puede idear nada mejor que la familia: sólo ella tiene esta labor esencial y excesiva; pero este instrumento maravilloso de humanización es siempre un fracaso parcial, y sus fallos están luego en la raíz de las peores enfermedades del espíritu. Justamente por esta verdad tremenda, es del todo necesario que los padres sean tan valientes como conscientes de sus graves límites, de modo que recurran a cuanto auxilio externo puedan entender que les conviene. Pero la ayuda principal la recibe la familia de su apertura a la totalidad de la vida y del ser. Si permanece cerrada sobre sí misma y abrumada por la responsabilidad para con los hijos, respecto de la cual es seguro que va a quedar corta, el fracaso será mucho más duro.

Aquí, mejor aún que en tantos otros aspectos decisivos de la existencia, se echa de ver la importancia extraordinaria que la confianza y la esperanza (esas dos formas del amor) tienen para el hombre. Aumentar el conocimiento aumenta el dolor, sí, pero sólo cuando no se recurre a abrirse a la ayuda del exterior, a la ayuda de la corriente general de la vida y la realidad. Si el matrimonio se destruye tanto más deprisa cuanto antes se detiene en el cumplimiento de tareas comunes a los cónyuges y que los lanzan en ascenso hacia el sentido verdadero de las cosas, también sucede lo mismo, en general, con la familia. Nosotros somos cristianos; pero, aun prescindiendo de que lo éramos también antes de casarnos y tener a nuestros siete hijos, nos cuesta trabajo entender que un padre y una madre no se entreguen al amor de Dios y a su providencia cuando nace su primer hijo. Es casi imposible que la llegada del primer hijo no abra los labios del corazón hacia Dios. Se sepa o no a quién se está hablando, nada es tan natural, tan inmediato, tan forzoso como pedir ayuda en esta situación. Ya sabíamos que era algo peor que una temeridad, en la perspectiva meramente humana, intentar que naciera de nosotros un hijo. Ni el mundo está como para acoger inocentes, ni nosotros somos quién para educar en el sentido del bien y de la verdad a otro. Pero esta expectativa se ve enormemente superada por el acontecimiento de la llegada del hijo. Desde ella es definitivamente verdad que tenemos que realizar las funciones de una autoridad que no podemos pretender poseer. Pero es que no hemos colaborado simplemente a que alguien nazca para que sufra tragado por el mal de la vida: hemos confiado religiosamente en que merece todas las penas y todos los riesgos dejar ser amorosamente a otra persona, porque así es como puede ella misma entablar su diálogo único con el divino sentido de la vida. Nuestro papel es el de mediar lo más discreta y eficazmente que podamos. Como nosotros mismos vivimos amparados en la relación apasionada y dura con la realidad y con Dios, no nos hacemos fuertes en nada, sino que aún nos debilitamos más, en apariencia, dejando abierto el flanco de los hijos. Es destinarse a sufrir viendo el sufrimiento de ellos; pero, sin comparación posible, es también confiar en Dios y en su gozo, confiar en la comunicación de la vida misma de Dios a través de la entrega de cuanto podamos de nuestras mismas vidas.

No sabemos expresar con más claridad estas cosas. Como pertenecen a la experiencia de muchísima gente, es de esperar que sean entendidas, incluso muy fácilmente entendidas. Tienen un lado

absolutamente único nuestro, pero también esto es lo que sucede con todas las experiencias que configuran la vida de cada persona.

Desde ahí es desde donde entendemos la base de lo que significa la autoridad en la familia. Desde ahí es desde donde comprendemos las palabras evangélicas que se refieren a la superación radical que Cristo trae respecto de la noción meramente tradicional de la familia. La verdad es que el evangelio no habla de nada parecido a la «familia cristiana», y sí, en cambio, de la ruptura de todo lazo humano que no esté referido al mismo tiempo a la relación del individuo con Dios. La familia es, como el resto de las realidades personales, algo que renace literalmente después de su paso por Cristo.

3

Pero pasemos –casi bruscamente, porque también esto se nos ha pedido– a algunos aspectos prácticos e inmediatos de la traducción de estos principios a la vida diaria. No hay espacio para continuar con la teología y la filosofía de la familia; en cambio, urge recordar algunas verdades muy sencillas sobre las dificultades del ejercicio de la autoridad en la experiencia cotidiana.

El reconocimiento de la autoridad lleva aparejada una forma elemental de obediencia, pero en la realidad de la educación hay muchos momentos en los que no queda más remedio que reforzar de manera voluntarista la autoridad, porque es preciso transmitir pautas de conducta que tienen que ser practicadas antes de poder ser bien entendidas. Aristóteles tenía, desde luego, toda la razón cuando exigía a los educadores que, además de ser ellos mismos virtuosos, consiguieran hacer entrar a sus educandos en la práctica de ciertos actos que crearan en ellos, a la larga, los hábitos sin los que la vida parte de bases mal orientadas. Como él afirmaba, sólo se llega a las virtudes practicando los actos que se derivarán luego de la verdadera posesión de la virtud. Parece una paradoja, pero es, por el contrario, una verdad elemental.

Y una verdad asombrosamente dejada de lado; porque, si hay una asignatura que no se enseña en los colegios ni en las familias de hoy, ésa es, sin duda alguna, la de la obediencia en este sentido sano y necesario, puerta para el crecimiento libre en el futuro. No es ya que los hijos o los alumnos pregunten, venga o no a cuento, por los

motivos de una orden; es que ni siquiera la oyen. Y, además, se sienten apoyados en su postura por toda la sociedad: el que pretende imponer algo es visto sin duda como un personaje del pasado, de aquellos tiempos remotísimos en que no existía la televisión. Confesamos que también a nosotros nos ha resultado chocante emplear la palabra obediencia (también a nosotros nos ha sonado a convento o a organización militar).

Se da, además, la circunstancia, conocida por cualquier profesor, de que los chicos problemáticos no pertenecen siempre, ni mucho menos, a familias rotas; no son necesariamente hijos de padres con graves carencias afectivas o en una complicada situación laboral. Hace poco nos comentaba una profesora de uno de los menos conflictivos institutos madrileños, que ya se ha acostumbrado a ver que, cuando ha tenido que concertar una entrevista con los padres de un alumno por alguna falta grave de disciplina, quienes han acudido eran personas muy educadas, que no se explicaban en absoluto que su hijo actuase de esa manera.

¿Qué ocurre, entonces?

Recordamos que, en una reunión del colegio de educación infantil al que iban nuestros hijos, la directora afirmó que los mayores enseñamos a los niños a ser desordenados. Es verdad: los niños pequeños necesitan que haya orden a su alrededor, tanto en las cosas (y por eso van cerrando los cajones de los muebles) como en los tiempos (en la rutina a la hora de acostarse, que incluye el osito que se llevan a la cama o el beso que les da su mamá) y en las personas (a los niños pequeños no les gusta nada que su madre cambie de peinado o de gafas). Tienen que no perderse en el mundo, y para ello necesitan puntos de orientación. Ahora bien, ellos mismos no pueden construir su mundo. Necesitan que los adultos les marquen unas pautas, con suavidad pero con firmeza. ¿Estaremos enseñando a los niños a no obedecer, exactamente al revés de lo que pedía Aristóteles de toda educación?

La cosa se complica cuando ya no se trata de niños pequeños, sino de adolescentes, que necesitan oponerse a los padres para crecer y para ello experimentan con los límites que los padres y la sociedad les han impuesto: cuanto más lejos estén los límites, tanto más lejos irán ellos.

Por supuesto que la adolescencia es una edad difícil, tanto para los padres como para los hijos, que hay que abordar con mucha paciencia, pero no con miedo. Hay que procurar no atravesar esta

etapa discutiendo sin parar; pero no pasa nada porque se discuta alguna vez. Se debe evitar la violencia, pero no ceder a todo en nombre de la paz. Para decirlo con un ejemplo: hay hogares en los que se multiplican los televisores para evitar las peleas, cuando sería mucho más formativo que hubiera un solo televisor, y ello forzara a llegar a un acuerdo en el que cada vez le tocara ceder a un miembro de la familia. Los pactos como forma constante de educación no estaban previstos por Aristóteles, pero son una innovación sensatísima.

Además, la falta de exigencia conduce a la inseguridad: quien nunca ha hecho nada (porque nada ni nadie le ha forzado a hacerlo) acaba creyéndose incapaz de todo.

En este punto dejamos la palabra a dos de nuestros hijos: María, de 16 años, y Fernando, de 13. Les contamos que nos han encargado escribir este artículo, entre teórico y práctico, y que necesitamos su colaboración. De entrada, tuercen el gesto: «¡Qué horror, la autoridad! ¡Si los padres no hacen más que mandar y prohibir! ¡Cuanto más se obliga a algo, menos ganas se tienen de hacerlo!». Lo último es la evidencia misma. Pero acaban por reconocer los dos, respecto de sus anteriores exclamaciones, que, efectivamente, hay un problema que afecta a las familias y a los colegios, y del que han visto numerosas muestras.

Empezamos por exponerles una conclusión a la que hemos llegado por experiencia: que no se predica con el ejemplo. No lo admiten: «No se puede fumar delante de los hijos y, al mismo tiempo, prohibirles a ellos que lo hagan». Nos defendemos: «No hablamos de falta de coherencia (está claro que las conductas desautorizan muchas veces las recomendaciones), sino de la actitud de quien piensa que basta con que los padres muestren el comportamiento debido para que los hijos los imiten. Incluso, en ocasiones, ocurre lo contrario: los hijos que ven que su madre o su padre recogen la mesa todos los días, mientras ellos disfrutan tranquilamente de la televisión, piensan que a sus padres les gusta recoger y que ellos tienen otras aficiones. Algún día a alguno se le ocurre ayudar, pero pensando que está llevando a cabo una heroicidad. Su actitud será muy distinta si hay un turno y un reparto de los trabajos de la casa».

Ahora bien, obligar no es tarea grata. Ni descansada. Resulta mucho más fácil, y menos agotador, ordenar una habitación que hacer que otros la ordenen; permitir que un hijo vea la televisión que forzarle a acostarse.

Aquí interviene María: «Es importantísimo que los padres controlen, no ya los programas, sino el número de horas que sus hijos pasan ante el televisor, que entontece necesariamente». Y añadimos: «Las horas ganadas se pueden aprovechar para hablar de cualquier tema, que no tiene por qué ser muy importante, pero que puede servir para intercambiar opiniones». Nos dan la razón: «Un niño de 13 años no tiene las mismas ideas que sus padres, pero está bien que cada uno aprenda a ponerse en el lugar del otro». «Hay que mostrar las posibilidades, y que el niño elija».

Coincidimos en que hay que procurar que el niño se responsabilice de sus actos: si ha actuado mal en público, debe ser regañado en público; y si hay que pedir disculpas –a un vecino, por ejemplo–, debe hacerlo él personalmente, no su padre. Si ha tenido que elegir entre gastar el dinero en merendar o en ir al cine, no se le puede llevar de merienda (porque así lo ha preferido) y luego ceder a sus súplicas y pagarle también la entrada del cine. Nueva precisión de los hijos: los hermanos se educan unos a otros, porque un hermano no abdica tan fácilmente de sus derechos como un padre. Parte del problema es que hay una gran cantidad de hijos únicos o con hermanos de edad muy distante. Y añadimos: la mayoría de los padres han pertenecido a familias numerosas y no tienen la menor experiencia de los peligros que supone educar hijos únicos.

Enseñar es también corregir. Sin desalentar, pero sin disimular. Parte del fallo del sistema educativo (reconozcamos que lo hay, y no pequeño) estriba en que se ha partido de la base de que hay que alabar siempre, con la finalidad de reforzar las pautas de conducta que se entiende que son positivas. Pero si se alaba igual un dibujo bueno que otro malo, la alabanza pierde todo su valor. Nadie aprende a practicar un deporte o a tocar un instrumento si no tiene a su lado a otra persona que le señale sus fallos. Sin embargo, parece que pretendemos que los hijos aprendan a vivir sin más corrección que la que la propia vida les vaya dando. Eso sí: los castigos deben ser proporcionados, no de esos que resultan imposibles de cumplir. Cuando un padre anuncia a su hijo que no va a salir con sus amigos en tres meses, lo normal es que al siguiente fin de semana ya haya levantado la prohibición, se haya desautorizado y deje a su hijo bastante confuso con respecto a los límites que existen en su familia.

Es curioso que la mayor permisividad no vaya unida a una mayor independencia. Al revés: nunca como ahora estuvieron los padres tan al tanto de lo que estudian sus hijos en el colegio, ni les

ayudaron tanto en sus deberes, ni controlaron tanto sus movimientos. Nos cuenta nuestra hija que sus amigas no se podían creer que su madre no la hubiera llamado nunca al móvil. Los teléfonos se han convertido en auténticos localizadores. Pero esa vigilancia transmite la desconfianza de los padres hacia los hijos. Precisa María: «Los padres no deben nunca registrar las mochilas de los hijos ni espiar las conversaciones. Tienen que respetar su intimidad». Añadimos: vale más confiar de más que de menos; arriesgarse a que el hijo haga trampas que forzarle a hacerlas para eludir una atención agobiante. Y, a la vez, hay que transmitir a los hijos que, hagan lo que hagan, si se encuentran en una situación difícil, tendrán siempre a sus padres dispuestos a acudir a su lado: que pueden y deben pedir ayuda. Claro que los padres deberán entonces tragarse los reproches y limitarse a ayudar. (Lo normal es que los padres empecemos por regañar al pobre niño que se ha caído por no seguir nuestras aburridas y demasiado detalladas instrucciones).

También se debe evitar una excesiva exigencia que parezca dar por supuesto que el hijo puede con todo, y en muchos casos más que los demás. Hay que enseñarle a perder, a reconocer sus propios límites, a considerarse tan bueno y tan malo como los demás. Ni héroe ni villano. Del montón. Como lo somos todos. Si el niño admira demasiado a su padre, es porque no lo ha conocido a fondo, o sea, porque el padre ha intentado presentarle una cara demasiado ideal de sí mismo. Los resultados, sin necesidad de Freud, está muy a la vista que son catastróficos casi por necesidad. Es como llegar a pronunciar la única palabra imposible en la educación: «Contigo he fracasado: tú eres mi fracaso».

Tampoco hay que abusar de los sermones: «No se le puede repetir a un hijo, cada vez que se va a la calle, que no fume, que no beba, que no se meta en líos...».

Lo malo es que, muchas veces, los padres transmitimos los valores que de verdad rigen nuestra vida y que disimulamos ante nuestros propios ojos. «¡A los padres les importa cada tontería...! –opina nuestra hija–. Parece que lo único importante es que los hijos vayan a la universidad. Se les repite que los estudios están por encima de los amigos. En el fondo, se les inculca que el dinero, y sobre todo la posición social, es el valor por excelencia Se insiste más en que aprendan inglés que en que sean buenas personas». (Esta vez, afortunadamente, se refiere a lo que observa fuera de su propia familia).

Los primeros que deben tener las cosas claras son los padres. Y son también ellos los primeros que deben estar dispuestos a reconocer sus errores, sin pasarse tampoco por este extremo. Pero nada es tan difícil como reconocer de verdad ante uno mismo la propia mediocridad.

¿Podemos terminar con alguna recomendación concreta?

Sugerimos tres:

– Que haya pocas normas, y claras.
– Que se mantengan con cariño y con firmeza.
– Sin perder la esperanza. ¡Y con mucha paciencia!

Pero los dos consejos más importantes quizá sean éstos:

Reflexionemos en lo que estuvo equivocado de la educación que recibimos de nuestros padres. Superemos lo subjetivo, lo afectivo (que suele estar demasiado cercano, por desgracia, en la edad del matrimonio) y seamos capaces de juzgar con imparcialidad qué se intentó y qué se logró en nuestro propio caso, cuando éramos hijos bajo otra autoridad. Saquemos nuestras conclusiones, compartiendo padre y madre lo que así se aprende.

Y aceptemos, para bien y para mal, que los hijos no son el mero resultado del ejercicio de nuestra autoridad sobre ellos. Aunque hayamos influido al fin en sus vidas cuanto habíamos deseado, y mucho más incluso que la escuela, los amigos y la calle, ellos son luego el fruto de ellos mismos; y como sus éxitos no son los nuestros, tampoco lo son enteramente sus fracasos. Creer otra cosa es jugar estúpidamente a ser Dios.

ST EDITORIAL

SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

De nosotros depende ser felices o no. En este sentido, podemos preguntarnos si vivir es un arte, y la respuesta inequívoca de ANSELM GRÜN –el conocido monje benedictino, psicólogo, consejero espiritual y autor de numerosas publicaciones que se cuentan por verdaderos «best-sellers»– es que sí, y que todos podemos aprenderlo. Según él, de nada sirve vivir a presión. Quien tiene excesivas pretensiones se convierte en un obstáculo para sí mismo, y quien es bueno para sí se facilita a sí mismo la vida. ¿De qué se trata, pues? De prestar atención a lo verdaderamente importante; de saber pararse, en lugar de correr alocadamente.

Se trata, en definitiva, de permitir que las cosas maduren a su propio ritmo; de hallar la medida exacta en cada cosa; de hacer lo que es bueno para el cuerpo y para el alma; de mirarse a sí mismo y a los demás con ojos indulgentes... En esto consiste el arte de vivir: en entrar a fondo en la vida permaneciendo abiertos a cuanto de sorpresivo la misma vida nos depara a todos todos los días.

296 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 15,00 €**

ST 91 (2003) 401-411

La familia, lugar de transmisión de la fe

Mari Patxi AYERRA*

Asusta el silencio y asusta la celebración

Vivimos tiempos de poco silencio, asusta la espiritualidad, y andamos siempre en la superficialidad de las cosas y de las relaciones. Se reflexiona poco, se vive el presente para disfrutarlo, y también se vive mucho para tener, en vez de ser. Los nuevos ídolos como el trabajo, el dinero y el éxito han apagado esa necesidad del ser humano de construir la propia historia personal, y eso nos distrae también del encuentro sosegado con Dios. Se dejan las cosas religiosas para momentos puntuales en los que la gente celebra una boda, asiste a un bautizo o a un funeral, y luego comenta la celebración o la liturgia de la misma manera que se puede comentar la película al salir del cine.

Pero, si uno sabe abrirse al silencio, acaba por recibir una respuesta. Ésta sobreviene como un estado interior distinto del que se tiene habitualmente. Se trata de una alegría interior, una paz profunda y una gran libertad que le hace a uno sentir que hay Alguien que acompaña su vida.

Igualmente necesitamos espacios para compartir nuestros proyectos personales y celebrar juntos lo cotidiano y lo especial. Hay que buscar momentos de familia, fechas especiales, crear hábitos o tradiciones de ocio, espirituales o solidarias. Contar las dudas y tentaciones que se tienen de abandonar el propio proyecto personal y las ofertas seductoras que se reciben. La familia se fortalece y se hace bloque común al compartir los mismos valores y estilo de vida. Las alegrías y las dificultades que conlleva la vida de toda per-

* Animadora socio-cultural. Madrid.

sona se hacen más fáciles cuando son compartidas y celebradas, es decir, contando con la presencia de Dios en nosotros en los buenos y en los malos momentos.

Ahí es donde creo yo que hay que utilizar toda la capacidad pastoral creativa, cercana y contagiosa, para aprovechar esa asistencia social a una celebración o la preparación de una liturgia, para entusiasmar con la vivencia de Dios y ofrecerla como proyecto de liberación ilusionante que ayude a borrar imágenes caducas y renovar el encuentro con el Señor o el deseo de buscarlo.

He asistido a celebraciones vivas, cálidas, proféticas, que han tocado el corazón de los alejados, que quizá acudían sólo por cumplir. Aplaudo a tanta gente que se toma mucho interés en preparar la celebración y los símbolos que faciliten la participación, que presentan a un Dios cercano y liberador. Creo que el reclamo de los jóvenes va por ahí.

Hemos de actualizarnos en estos tiempos que corren y saber utilizar los avances de la técnica y los medios de comunicación de forma agradable y atrayente. Y como los hijos de las tinieblas son más sagaces que los de la luz, a la hora de utilizar los medios de comunicación hemos de ser profetas del siglo XXI e inventar formas nuevas de responder a la pregunta *quién es Dios* y anunciarla y anunciarlo, de celebrar y compartir la experiencia de Dios que llena de sentido al que la vive.

No es que se me haya escapado el tema de que es la familia la que transmite la fe, sino que estoy dando marcha atrás para ver quién forma a esa familia, quién le aporta recursos para que lo haga bien, quién la ayuda a hacerse adulta, a vivir una fe viva, pues en el fondo también la familia está tocada del cambio de valores de la sociedad.

La familia, primera comunidad creyente

Creer es adoptar una forma de vivir; y como a vivir se aprende en los primeros años y en familia, es ahí donde la persona vive la primera comunidad creyente. En ella se transmite a los hijos que Dios está con ellos, en su rincón secreto, en el trabajo y en el cansancio, en la alegría, en el dolor, en los éxitos y en los fracasos. Se les contagia la capacidad de encontrarlo en soledad y entre la multitud y se les impulsa a comprometerse en facilitar la vida a los otros y en

construir el Reino de Dios, ese estilo de vida en el que todos seamos felices.

En la familia es donde se adquiere el hábito de los pequeños gestos de amor y de ternura, los sacrificios que benefician al otro, las generosidades y el compartir. También en la vida familiar se aprende a cuidar, ya desde muy niño, a reír, a trabajar y a descansar. Tienen que saber los niños que Dios es el impulso que nos lanza hacia los demás y nos convierte en un permanente regalo.

La base de la familia es el amor; se vive en familia para ayudar a que todos cumplan, a que cada uno sea él mismo y pueda cubrir sus necesidades básicas. Cuando todos tienen cubiertas sus necesidades físicas, de vivienda, vestido, alimento y descanso, hay que ocuparse también de las necesidades mentales de cada persona que son:

Amar y ser amado: Que se sienta querido y aprenda a decir el cariño. También la comunicación con Dios es una historia afectiva que, cuando se expresa y se celebra, alegra el corazón y dinamiza la vida de la familia. Hablar a los niños del amor de Dios les da seguridad; rezar por otras personas les contagia fraternidad; compartir les enseña solidaridad y justicia; acostarles explicándoles que Dios está dentro de ellos y les envuelve con su amor les sana de todos sus miedos y les alegra el corazón, al sentirse personas habitadas. Dar gracias a Dios por ellos aumenta su autoestima y seguridad para la vida. Saberse amados por Dios les ayuda a gozar del abandono en Él. A los adultos nos ocurre lo mismo que a los niños en relación con Dios: cuando lo compartimos con otros, nos fortalecemos en la fe y en la lucha por la justicia y la construcción del Reino de Dios, y la familia posee en sí misma capacidades para sanar a todos.

Ser válidos: Valorar unos y otros el trabajo de los demás, agradecer los detalles, expresarlo con frecuencia y, desde muy niños, enseñarles que todos somos valiosos en la vida familiar, ya que todos aportamos algo, sea material, afectivo, relacional... Cada cual tiene su papel en ese engranaje que es la familia, y hay que explicitarlo para que unos y otros, en las diferentes edades que se comparten en el hogar, saquen lo mejor de sí mismos para aportar a la vida familiar y, desde allí, al mundo exterior. La vida familiar es una fuente de seguridad y autoestima o puede llegar a ser todo lo contrario, si no se valora lo que cada uno es en sí mismo y aporta al común. Y como estamos en el tema religioso, hay que agradecer al que ha provocado una oración o una participación en algún acto

solidario, o bien ha hecho que todos recordáramos en la oración algo o a alguien. Muchos compromisos sociales familiares han llegado a la familia por unos hijos a los que el evangelio ha impulsado a comprometerse. Eso hace sentirse válidos a unos y a otros, al vivir la justicia y la construcción del Reino de Dios.

Ser autónomos: El valor de la autonomía, es decir, el que la familia promueva la independencia de sus miembros, es una cualidad importante que sana a los individuos. Somos seres en relación, hemos nacido para el encuentro; pero también cada cual es un ser único e irrepetible, que la familia tiene que potenciar. Cuando «de un clan salen clones», es mala señal. La familia debe impulsar la diferencia y vivirla como enriquecimiento. Cada uno nace con unas cualidades, unos carismas o unos valores. La familia ayudará a que ese miembro crezca y se desarrolle, y también a que viva su propio proceso vital y espiritual, que no tiene por qué ser igual al de los demás.

Pertenecer: Necesitamos sentir que pertenecemos a los nuestros, que nos echan de menos, que somos parte de su vida, de una cultura y de una forma de vivir. Pero también la vida familiar nos ayuda a pertenecer a grupos que nos relacionan con otras personas, nos socializan y nos complementan. La pertenencia a la iglesia, al grupo de amigos, al colegio o a la parroquia nos enriquece como personas. Rezando junta, la familia construye un entramado sutil de relación que hace sentir un impulso de vida y cercanía, así como de envío a ser buena noticia, a vivir cada uno su misión, a salir a contarlo a otros. Cuando en la vida espiritual la familia se pide perdón, se sanean las relaciones y se fortalecen los vínculos. Se me olvida el humor. El reírse juntos en la vida familiar es de las cosas que más sanan. Hay que tomarse a uno mismo menos en serio, bromear con los propios defectos e incongruencias y, así, dejarse cuestionar por los otros, sin susceptibilidades ni malos humores.

Y otro sentido de pertenencia que tenemos los creyentes es que formamos parte de la iglesia, la gran familia de los hijos de Dios, y que, además, no podemos vivir en comunión íntima con Jesús sin ser enviados a nuestros hermanos que pertenecen a esa misma humanidad, a esa familia que Jesús aceptó como suya y que es obligación de todos hacerla mensajera de liberación para el ser humano y oferta de compromiso por la justicia para todos los cristianos.

Sin duda, cuando una pareja siente que Dios forma parte de su amor, se les nota, lo expresan y lo transmiten a los hijos, y éstos sienten que viven siempre acompañados, que se reza, se bendice, se

comenta, se cuestiona y se celebra la vida. Y en muchos casos estos padres jóvenes han tenido un encuentro con Dios ya en su niñez, en una familia religiosa. Además, el vivir la fe les mantiene en unos valores y un talante solidario, comunicativo y fraterno, que les impulsa a crear el reino de Dios aquí y ahora, viviendo en solidaridad y justicia. Y si también tienen la suerte de tener una comunidad con la que compartir su vida, su fe y su compromiso posterior, será un impulso para crecer juntos, aun conservando cada cual su propio estilo personal y único.

Otra manera de vivir

Cuando una familia vive una auténtica relación con Dios, una fe que impulsa su vida, se siente invitada a otro estilo de vida que se le irá notando en su libertad. No necesitarán tantas cosas como las demás personas, y su talante será más desprendido. Su casa estará más abierta, estarán más dispuestos a compartir todo lo que tienen y son. Su manera de invitar será sencilla y acogedora. A la hora de elegir su ropa, se sentirán menos manejados por las modas y más libres para reutilizar y cuidar lo que usan, para que les sirva a otros. Y lo mismo ocurrirá con sus libros y material escolar, que lo cuidarán para compartirlo y llegue a otros en el mejor estado posible. No se estancarán en la rutina de la vida, de las relaciones ni de su relación con Dios, sino que unos a otros se mantendrán despiertos e ilusionados, abiertos y atentos a Dios y a los hermanos.

Y como saben que Dios nos ha creado para la felicidad y la plenitud, y su deseo es que seamos ese ser único que estamos llamados a ser, que desarrollemos todas nuestras capacidades, se ayudan unos a otros a «cumplirse», a ser lo mejor posibles. Así se dinamizarán hacia la plenitud y la felicidad, que es Dios. Al tener una escala de valores diferente, cubrirán sus necesidades básicas, pero desearán menos cosas y podrán trabajar menos horas para tener más tiempo para «hacer familia» y para comprometerse en la mejora de la sociedad. En estas familias impulsadas a amar al estilo de Jesús, se dirán el cariño entre unos y otros, lo que favorecerá su salud mental, ya que en muchas familias se quieren, pero no saben verbalizarlo.

También las dificultades como la enfermedad, la muerte, el desempleo y otras, vividas y compartidas en la familia, fortalecen la fe y la madurez de todos y cada uno de ellos. Todos ellos se ven

diferentes desde una dimensión religiosa, que ayuda, no a pedir a Dios que cambien las cosas, sino a que su compañía facilite el vivirlas o anime a una mayor generosidad, sensibilidad y fortaleza.

De estas familias que tienen valores comunes y que hablan la vida brotará la risa y la carcajada, que es el síntoma de la gente feliz; disfrutarán al estar juntos y tendrán cuidado de que todos ellos tengan también tiempo y espacio para su intimidad. La oración será un alimento fuerte para todos y cada uno de ellos, lo que les enviará a ser buena noticia allá donde estén. Y toda esa fuerza vital que Dios pone en cada uno de nosotros, sumada así en familia, parece que, en vez de sumarse, lo que hace es multiplicarse... Quizás estoy siendo demasiado optimista... ¿o serán mis sueños los que me hacen escribir todo esto?

Despertar la fe en *mis hijos*

Si al término de mis días hubiera conseguido que mis hijos vivieran con su fe despierta, es decir, gozando de una relación habitual con Dios, podría decir que habría logrado la mayor ilusión de mi vida. Pero he de reconocer que esto no es nada fácil.

Y esta preocupación la he compartido con cantidad de madres y padres (bueno, más bien madres, ya que, no sé por qué demonios, siempre somos las madres las que ponemos un mayor énfasis en los temas de Dios).

A los hijos intenta uno darles una buena alimentación, pone cuidado en que se tomen el zumo mañanero; del mismo modo, pone interés en transmitirle hábitos de higiene y de orden, y tantas otras cosas necesarias para su mejor calidad de vida. Para mí, de todas las cosas que he intentado dejar a mis hijos como herencia, la primera y principal sería el contagiarles la experiencia de Dios, el que vivieran sabiéndose profundamente amados por Dios y gozaran de esta relación.

Sólo quien tiene hijos puede entender cuánto duele verles alejados de Dios. Después de haber puesto sumo cuidado en presentarles a Dios, en enseñarles que les ha soñado felices, en hacerle compañero de su vida, en su catequesis, en sus celebraciones, llega un día en que tus hijos, esos bandidos que parece que al principio aceptan tus valores, comparten tu oración y sienten, como tú, que Dios Padre los tiene abrazados por detrás y por delante, de pronto se

cuestionan a ese Dios, les parece una teoría anticuada, una relación infantil o algo caduco y trasnochado. Da igual que lo digan o no, da igual que expresen lo que sienten o pongan cara de indiferencia escéptica... El caso es que, más tarde o más temprano, *los hijos «se borran» de la fe de los padres para encontrar la suya.* Y mientras no han abandonado la nuestra, aquella que aceptaron por hábito o por cariño a nosotros, no pueden reelegirla por ellos mismos. Y para apuntarse a algo, primero hay que borrarse. Aunque duela, aunque a los padres nos sangre el alma ver que nuestro hijo vive una temporada de «orfandad espiritual», hay que respetarle su decisión de abandonar nuestra fe para encontrar la suya, ya que su vida no nos pertenece.

La labor catequética de los primeros años creo que es la más importante; a partir de la adolescencia sólo les sirve nuestro hacer, más que nuestra palabra. Esperemos que aquella semilla que plantamos florezca algún día. Yo confieso haber puesto un enorme cuidado en contagiar la fe a nuestros hijos, haber dado mil vueltas hasta encontrar los libros más apetecibles, haber preparado la catequesis con todos los adultos de la comunidad, haber cuidado las celebraciones y mil cosas más. Estoy realmente contenta de algunas de ellas que me gusta compartir, como son el haber vivido convivencias en las que nuestras celebraciones familiares eran algo realmente vital y profundo, de las que salíamos todos fortalecidos en la fe, unidos y comprometidos. Los adultos nos bajábamos a la altura de los pequeños, en momentos, y los pequeños tiraban de nosotros hacia una mayor coherencia y autenticidad. Recuerdo como especiales las celebraciones penitenciales en las que compartíamos nuestros fallos personales y familiares y de las que más de una vez nosotros, los padres, salíamos «trasquilados», pues los hijos se daban perfecta cuenta de nuestras incoherencias o fallos repetidos una y mil veces. El pedirnos perdón unos a otros nos ayudaba a mejorar y a disculparnos mutuamente.

El rezar juntos en momentos especiales o el bendecir la mesa hace que Dios sea una presencia constante en nuestra vida familiar. El poner cuidado en que nadie comience a comer mientras no hayamos rezado, incluso cuando viene alguien invitado y nota el gesto de esperar hasta agradecer a Dios y recordar a los hermanos. También es un momento bonito que nos universaliza el corazón, pues entre unos y otros siempre se trae a la mesa a los hermanos queridos, a los de la última noticia de televisión, a los cercanos y a

los lejanos. Y lo que a uno se le olvida se le ocurre al otro, y así la familia nos empuja a todos a la solidaridad, a la fraternidad, a estar al día en lo que pasa cerca y no tan cerca. Hoy nos hace reír ver a un nieto pequeño que dice varias veces amén cuando nos ve recogidos en actitud de recogimiento, para que terminemos de bendecir y empecemos pronto a comer.

Estamos suscritos a una hoja dominical que nos trae cada domingo las lecturas y reflexiones. Es algo que «anda por casa» y ha creado el hábito de su lectura, como la prensa del fin de semana (bueno, algo menos de lo que a mí me gustaría). Nos acerca los textos del domingo, nos ayuda a la reflexión, y cualquiera la puede utilizar con su grupo o sus amigos. Cuando salimos al campo, a mí me encanta «invitarnos» a las reflexiones evangélicas, igual que nos gusta parar en un pueblo cercano a tomar unos torreznos (queda un poco mal la comparación, ¿no?; demasiado prosaica quizás...). De todas formas, cuando los hijos se emancipan y cambian de hogar, les regalamos una suscripción vitalicia a la citada hoja dominical, por si acaso les da amnesia espiritual, y queremos que las cosas de Dios anden por ahí en medio, recordándoles lo esencial de la vida.

Algo que creo que también puede despertar en los hijos el deseo de vivir cerca de Dios es que nos vean orar y que descubran la importancia que tiene en nuestra vida la oración. Me gusta cuando un hijo entra en mi cuarto y ve, o simplemente nota, que estoy en oración, y dice: «Perdón... sigue, que no es importante»; o «te interrumpo un momento...». Saben ellos que mi fuente de energía es Dios, y lo respetan y valoran. De paso, yo siento que estoy compartiendo con ellos lo que más valor tiene en mi vida, mi gran tesoro, el secreto de mi felicidad, lo que me produce el gozo completo.

Estoy convencida de que la fe, como las enfermedades, no las contagia el que más sabe de ellas, sino el que tiene el virus. En las cosas de Dios, no contagia la fe el que más ha estudiado, sino el que tiene la experiencia de comunicación con Él. Por eso hay que contar a los hijos, al tiempo que vivirla, nuestra amistad con Dios, para que ellos la valoren, la descubran y la saboreen.

A veces somos demasiado pudorosos para compartir nuestra amistad con Dios. Hablamos poco de ella, la guardamos en el último hondón del alma, y lo que se manifiesta es poco apetecible. Yo me acuso de ser osada en estos temas, atrevida, incluso poco pudorosa, pues me gusta ir a despertar a un hijo y decirle: «Te invito a la lectura de hoy...», y leerle un poco o compartir con él la idea prin-

cipal del evangelio. Pero también se lo grito tras la puerta del baño, o lo leemos cuando vamos juntos de camino a algún sitio.

Bueno, no creáis que soy una pesada con estos temas; siempre van mezclados de otras carcajadas, risas y confidencias. Creo que la comunicación es algo que cuidamos, y por eso es más fácil compartir las cosas de Dios. También es necesario hablar del Dios en el que no creemos, para fortalecer y aclarar nuestra fe, para ser unos cristianos adultos y para tener recursos y respuestas ante las situaciones de la vida y ante otras ofertas y otros dioses.

Tenemos que encontrar la mejor forma de transmitir la fe a los hijos; tenemos que buscar la manera de que les acerque a lo mejor de la vida. Que logren hacer suyo ese encuentro y esa forma de vivir que debe caracterizar a un cristiano. Y ser padres nos hace dar vueltas y vueltas a la cabeza hasta encontrar respuestas para todo. Su ropa, su habitación, su salud, sus estudios, su aspecto, su... su todo, y gastamos mucho tiempo y mucha energía en cantidad de temas, y a veces los temas de Dios los dejamos en manos de otros y no le ponemos la ilusión ni la creatividad necesaria para vendérselo como algo nuestro, apetecible y fantástico.

Yo le doy mucha importancia a este asunto. He cometido cantidad de aciertos y errores, y los resultados han sido... de todo tipo. Al final sólo me queda ponerlos en manos de Dios, como la mujer del Zebedeo, y decirle una y mil veces: «Señor, Tú tienes más interés en ellos que yo misma, así que métete en su corazón, sé su amigo principal, ocúpate Tú de que vivan la vida contigo y... perdona que sea pesada, pero mañana te lo volveré a recordar».

Para concluir: algunas orientaciones prácticas

Para compartir más experiencias personales y a título anecdótico, por si a alguien le sirven, en Navidad fabricamos una especie de barajita, con una frase del evangelio en cada carta; le pusimos por detrás el dibujo de un regalo y la plastificamos. Fue un regalo de navidad que preparamos para nuestros hijos. Más tarde, cuando descubrimos lo «apostólica» que era, la hemos seguido repartiendo. La utilizamos para ver qué regalo nos dice Dios a cada uno en ese momento. Y nos ayuda a hacer una reflexión o un comentario evangélico, lo mismo en la vida familiar que visitando a un enfermo, en una juerga o en un paseo por el campo.

También en Navidad les envío a mis nietos una carta navideña, donde les cuento quién es el niño que nace y cuánto nos ama.

Otra tradición familiar consiste en añadir entre los regalos de Navidad un ejemplar del evangelio diario anual, el cual va acompañado de un folleto de instrucciones, como si se tratara de una medicina. Es otra forma de decirles más de lo mismo. Por si os sirve, ahí va:

EVANGELIO DIARIO
(grageas)

COMPOSICION: Extracto de evangelio para tomar en pequeñas dosis diarias.

INDICACIONES: Tratamiento de la vida, estados carenciales de optimismo, salud mental, claridad de ideas y solidez interior fuerte. Le pone a uno en contacto con lo mejor de sí mismo. Potencia el estado de plenitud, armonía y felicidad.

CONTRAINDICACIONES: No se conocen, salvo en ateos alérgicos.

POSOLOGIA Y MODO DE EMPLEO: Se recomienda una dosis diaria mínima, aunque fortalece el usarlo habitualmente en mayor medida. No basta con ingerirlo. Debe saborearse, profundizarse, dejarse cuestionar la propia vida y dinamizarse.

ADULTOS: nunca menos de una toma diaria.

NIÑOS: conviene ayudarles a digerirla.

JÓVENES: Una vez entusiasmados con la dosis, son más constantes que los adultos.

ANCIANOS: Facilita la autorreflexión, la calma, la ilusión, la vitalidad y el encuentro reposado y amoroso con la enfermedad y con el Padre.

SOBREDOSIS: En caso de ingerir una dosis excesiva, puede ocurrir que no se digiera y saboree, por lo que no es recomendable. Apenas produce intoxicación, únicamente la pérdida de su intenso valor.

ADVERTENCIAS: Este producto es conocido desde la antigüedad, pero pocos conocen su enorme valor energético y su ilimitada capacidad multiplicadora y profética. No dude en recomendarlo.

CADUCIDAD Y CONSERVACION: No precisa condiciones especiales de conservación, pues está siempre de plena actualidad y es adaptable a cualquier momento, situación y lugar.

RECUERDE QUE ESTE MEDICAMENTO DEBE MANTENERSE AL ALCANCE DE LOS NIÑOS, LOS ANCIANOS, LOS VECINOS, LOS AMIGOS...

¡Ah! Y como esto de transmitir la fe a los hijos nos resulta tan difícil hacerlo, además de esforzarnos con mucha paz interior, pongámoslos muy a menudo en manos de Dios, que les quiere mucho más que nosotros, aunque no esté levantado la madrugada del viernes, esperando su regreso a casa, pero que les tiene abrazados por delante y por detrás y tiene su nombre tatuado en la palma de su mano.

EDITORIAL SAL TERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

¿Es la fe en la encarnación exclusiva del cristianismo? ¿Cómo afectó a Dios la encarnación? ¿Es incoherente pensar que Jesús fue a la vez susceptible de ser tentado y, sin embargo, incapaz de pecar? En la encarnación, la unión entre el ser humano y el ser divino, ¿es como la unión entre el cuerpo y el alma? ¿Es la concepción virginal todavía históricamente defendible? El presente libro aborda estas y otras cuestiones que son particularmente relevantes cuando se reflexiona sobre la encarnación de una vez para siempre del Hijo de Dios.

Tras establecer el sentido primario de la fe en la encarnación, GERALD O'COLLINS examina la misteriosa paradoja que constituye su núcleo: uno y un mismo individuo es divinamente infinito y, a la vez, humanamente finito. Y responde a las cuestiones planteadas basándose en la doctrina de los concilios ecuménicos, dialogando con numerosos teólogos y recurriendo a obras de arte, poemas, himnos, textos litúrgicos, etcétera.

160 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 13,50 €**

ST 91 (2003) 413-416

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

Solidez para la solidaridad

Miguel GONZÁLEZ MARTÍN*

En nuestra última colaboración resaltábamos la cuestión identitaria como clave para comprender algunas de las dinámicas más importantes que configuran nuestro mundo globalizado. Concluíamos señalando los diferentes retos derivados del «nuevo poder de las identidades culturales»[1]. Entre ellos apuntábamos que, en el plano personal, el reto se concretaba en la capacidad de construir identidades personales *complejas e inclusivas.* De este hilo vamos a tirar para la confección de este breve artículo.

La globalización no deja indemne al sujeto

La globalización, entendida como acelerón del proceso modernizador, está teniendo un impacto profundo en la forma de responder a una pregunta tan básica como «¿quién soy yo?»; es decir, a la hora de definir nuestra identidad personal. El proceso globalizador ha serrado buena parte del piso sobre el que levantamos el edificio de nuestro yo. Por una parte, la crisis del estado-nación nos deja «huérfanos de padre». Por otro, la crisis del trabajo, vínculo social fundamental, nos deja sin madre. Como dice Ulrich Beck, «la pertenencia a la sociedad se define esencialmente con relación a la participación en el trabajo asalariado, y el estatuto del individuo se deriva también de su trabajo asalariado»[2]. El paro, las condiciones

---

* Del área de formación sociopolítica de «Alboan»

1. «El nuevo poder de las identidades culturales»: *Sal Terrae* 91 (2003) 59-62.
2. BECK, U., *Libertad o capitalismo,* Paidós, Barcelona 2002, p. 21.

laborales precarias o el estilo de trabajo que se impone a la persona trabajadora en el capitalismo global (innovación constante, proyectos a corto plazo, movilidad irrestricta...) llevan a lo que Sennet llama la *corrosión del carácter*[3]. Bajo tales condiciones, es imposible que los individuos logremos un relato coherente de identidad moral.

Y no se trata sólo del trabajo asalariado y del estado-nación. Otras instituciones y realidades tradicionalmente importantes para hacernos ser quienes somos tampoco salen bien paradas del embate de la mundialización: iglesias y religiones, lenguas y culturas, símbolos y ritos entran en competición dentro del torrente de flujo informativo que puja por llegar hasta nosotros. De este modo, si en un pasado no muy lejano la identidad era básicamente «receptiva», y nuestra misión consistía en acomodarnos a moldes identitarios prefijados, hoy en día seríamos acreedores de una identidad proyectiva: es el individuo quien debe tejer el traje de su identidad con los retales que se le ofrecen. Como dirá Bauman, «el peso de la construcción de pautas y la responsabilidad del fracaso recaen primordialmente sobre los hombros del individuo»[4].

¿Cuáles son esos referentes –«retales» los hemos llamado– necesarios para la construcción del sujeto? O, aún mejor, ¿de dónde los sacamos? Si hay un proceso que define la globalización tal como se está llevando a cabo hoy, es el intento de convertir al mercado en regulador del mayor número de dimensiones posibles de la vida social. De modo que a los individuos se nos presentarían dos opciones para hallar nuestras referencias: o aferrarnos a los rasgos tradicionales, muchas veces a través de adhesiones acríticas rayanas en la idolatría, o «adquirir» en el mercado aquellos mimbres que más vistosos para nuestro cesto identitario. La primera opción nos conduce al fundamentalismo. La segunda, a un sujeto con pies de barro, ansioso y fragmentado. «La sucesión de propuestas publicitarias, recomendaciones oficiales, modelos televisivos (...) es tan grande que cada sujeto se siente traspasado por una red de criterios de los que en ningún modo se deduce una unicidad del yo. Más bien al contrario, el yo se escinde a cada instante en disyuntivas y perspectivas que acaban trazando una superposición de yoes, o yoes

3. SENNET, R., *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo,* Anagrama, Barcelona 2000.
4. BAUMAN, Z., *Modernidad líquida,* FCE, Buenos Aires, 2003, p.7.

susceptibles de formar un variado surtido de identidad»[5]. Es decir, una veleta. Así, el inicial sentimiento de liberación que supone la disolución de los vínculos tradicionales puede dar paso a sujetos fácilmente manipulables por las propuestas de nuestro sistema, que, en palabras de González Buelta, «nos recorren por dentro, se hacen fuertes en el hueco de nuestras necesidades y heridas, y desde esa clandestinidad empiezan a mover el hilo de nuestras vidas»[6]. Es posible que el afán desmesurado de consumir determinados bienes tenga que ver con esto último. Algunas marcas adquieren un poder simbólico sin precedentes. La posesión de ciertos bienes se percibe como la vía más directa para acceder a la ciudadanía. Se produce lo que Berger denomina «consumo sacramental»[7], que, más que producirse para atender a una necesidad, significa la adhesión a un estilo de vida, a una forma de ser..., a una identidad.

Sujetos fuertes para un proyecto de solidaridad

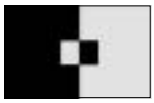
Sin embargo, debemos buscar una vía de salida a la opción entre fundamentalismo y mercado. Lleva razón Touraine cuando afirma que la idea que reemplaza hoy a la lucha de clases es la defensa del sujeto, en su personalidad y su cultura y contra la lógica de los aparatos y los mercados. Para algunos autores, como Castells, esta defensa supone formar personalidades flexibles, capaces de llevar a cabo constantemente la reconstrucción del yo.

Pero ¿hasta qué punto esta flexibilidad propugnada no se puede convertir fácilmente en ausencia de referencias? Los poderosos nos quieren débiles. Dice Bauman que «cualquier trama densa de nexos sociales (...) implica un obstáculo que debe ser eliminado. Los poderes globales están abocados al desmantelamiento de esas redes, en nombre de una mayor y constante fluidez, que es la fuente principal de su fuerza y la garantía de su invencibilidad»[8]. Con sujetos débiles, fragmentados, escindidos, sin nexos, esos «poderes líquidos» pueden actuar. Por eso, quienes estamos interesados en impulsar un proyecto de solidaridad inclusiva necesitamos apoyar la

5. VERDÚ, V., «¿Sólo un yo?»: *El País,* 26 de junio de 2001.
6. GONZÁLEZ BUELTA, B., *Orar en un mundo roto,* Sal Terrae, Santander 2002.
7. BERGER, P. – HUNTINGTON, S., *Globalizaciones múltiples,* Paidós, Barcelona 2002.
8. BAUMAN, Z., *op. cit.,* p.12.

creación de sujetos *sólidos* promotores de tal proyecto. Ello exige revertir una tendencia que existe en nuestras sociedades, a saber, la priorización de la producción de bienes sobre la producción de sujetos y significados[9].

Para esta tarea es preciso generar espacios que permitan la creación de vínculos fuertes y donde se pueda desplegar el potencial afectivo, de creatividad y solidaridad de las personas, especialmente de los más jóvenes. Son espacios para la personalización, donde se fraguan sujetos con criterios para elegir. También es fundamental generar nuevas narraciones, historias alternativas e intempestivas de solidaridad, que sirvan como cauces de socialización, ensanchen nuestro chato horizonte de expectativas y expandan nuestro deseo hacia «otros mundos posibles». ¿Dónde encontramos hoy estos espacios? Pueden estar presentes en la familia, en la escuela, en los grupos cristianos o en las asociaciones. Pero queremos hacer especial mención de uno: los movimientos sociales alternativos. ¿Son estos movimientos que buscan una globalización alternativa impulsores de estas nuevas «identidades proyecto», sólidas pero abiertas, enraizadas pero inclusivas? De eso nos ocuparemos en nuestra próxima colaboración.



C/ Padre Lojendio 2, 2º & 48008 Bilbao
Tfno/Fax. 944 153 592 & www.alboan.org

ALBOAN

9. WARNIER, J.P., *La mundialización de la cultura,* Gedisa, Barcelona 2002, p. 93.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

«Al escoger la frase "¡Pueblo mío, sal de Egipto!" como tema, intento subrayar tanto el camino de conversión de un pueblo como el camino de integración del responsable, concretamente del sacerdote, con su pueblo, delante de su pueblo y, sobre todo, *en* su pueblo. Lo que me ha movido a hacer esta reflexión es mi experiencia actual de pastor. En efecto, comprendo cada vez más que, si bien la subjetividad es un aspecto significativo de la existencia humana, hay, sin embargo, otro aspecto muy importante de la misma, a saber, la inmersión en la muchedumbre, la superación de la subjetividad, la asunción de la personalidad corporativa de pueblo.

Y este aspecto va apoderándose poco a poco de la vida, de la oración, de la celebración, de toda la existencia. Por eso conviene reflexionar sobre la manera en que Cristo se convierte en su pueblo: "De Egipto llamé a mi hijo"; y luego sobre el camino mediante el cual el pastor se convierte en pueblo, caminando con su pueblo y en su pueblo, hacia una conciencia de Iglesia».

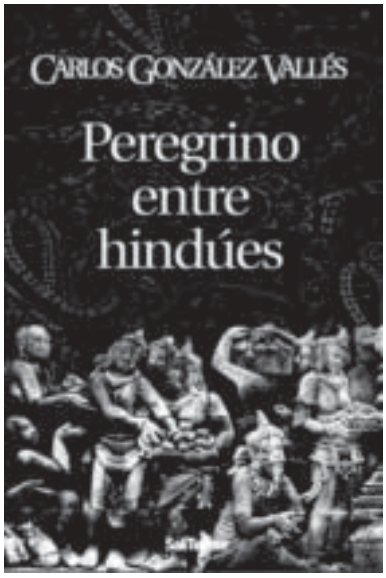
152 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 10,00 €**

ST EDITORIAL

SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD



Este libro es el relato de los diez años que el autor pasó como huésped ambulante entre familias hindúes, viviendo de casa en casa, en los barrios pobres de la ciudad india de Ahmedabad, mientras regentaba la cátedra de matemáticas en la Universidad San Javier de la misma localidad. La celebrada hospitalidad oriental hizo posible este modo de vida y esta aventura cultural, en la que intervienen hombres sencillos y amas de casa, niños y abuelos, suegras y nueras...; en la que se asiste a fiestas y bodas, a huelgas y toques de queda, a nacimientos y muertes...

Y todo ello en la cercanía de la presencia y en la intimidad del hogar, donde es posible comprobar la unidad de familia de gentes de distinto origen, color, lengua o religión, de Oriente y de Occidente. Narración amena y documento oportuno para nuestros días de búsqueda ecuménica y conciencia global.

224 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 11,50 €**

ST 91 (2003) 419-426

LAS BIENAVENTURANZAS

5. Bienaventurados los misericordiosos

Ana RODRÍGUEZ LAIZ*

Hay algo en el conjunto de las bienaventuranzas que llama la atención a primera vista: invitan a adentrarse por «extraños» caminos en los que está latente la plenitud de la dicha del Reino que trae Jesús. La tensión subyace en el fondo de cada expresión que no opone felicidad a sufrimiento ni a conflicto, y sí a cualquier satisfacción con el sistema de este mundo. Por un lado, nos recuerdan que tener este deseo de felicidad o plenitud es condición indispensable para entender en qué consiste el Reino; por otro, no resulta fácil entender la vinculación que existe entre las situaciones que en ellas se describen con el presente/futuro que aguarda a quienes las viven. Por tanto, situarnos ante ellas nos lleva en primer lugar a desmontar el empeño que tenemos en que la felicidad se dé en un inexistente mundo de realidades sin conflictos. Comprenderlo es esencial para poder vivenciar el sentido profundo de lo que ahí se proclama.

Al mismo tiempo, atrevernos a comprometer activamente nuestra esperanza, anticipando un Reino que así se expresa como futuro de plenitud, sólo puede tener un punto de apoyo y una garantía: Jesús. Una a una, cada bienaventuranza está expresando cuál fue su propia dicha: la que experimentó de manera personal en su existencia humana, la que no excluyó la cruz, la que nacía de no haber conocido al Padre «de oídas» y permitir, con todo ello, que se manifestara su rostro más auténtico. Las bienaventuranzas evocan un modo de situarse ante la vida profundamente contracultural, tanto en el tiempo de Jesús como en el nuestro, y es preciso resituarlas

* Religiosa de la Compañía de Santa Teresa de Jesús Directora del Colegio «Purísima Concepción». Madrid.

continuamente en el marco del Reino de Dios y su justicia para no caer en interpretaciones erróneas que conduzcan a proclamar lo contrario.

En este contexto, no sorprende encontrarse con una bienaventuranza que llama dichosos a los que practican la misericordia. Que esta actitud aparezca presentada como una realidad profundamente vinculada al Reino, como signo de un gozo llamado a mostrarse y a manifestarse, nos ayuda a evitar convertirla en un ideal abstracto y a permitir que cuestione nuestra concepción del Reino y de los signos que le acompañan.

«Bienaventurados los que tienen un corazón sensible a la miseria»

Pobres de espíritu, afligidos, mansos, hambrientos y sedientos de justicia...: tales son los destinatarios de cada bienaventuranza, que nos remiten al don gratuito y libre de Dios previo a cualquier acción humana. Junto a ellos, el evangelio de Mateo nos invita también a dirigir nuestra mirada a los misericordiosos. Con la inclusión de esta bienaventuranza, el evangelista no solo pretende señalar quién es dichoso sino mostrar también *«cómo hay que obrar para participar de esta dicha»*[1], es decir, qué consecuencias tiene entrar en esta dinámica de gratuidad que conlleva una manera «alternativa» de experimentar la vida. Este Reino, que llega sin que nadie lo haya merecido de antemano, nos sitúa directamente ante el amor al prójimo. Su práctica se hace «condición» para participar de la promesa.

La bienaventuranza que proclama dichosos a los misericordiosos encuentra un fuerte sentido en el contexto del evangelio de Mateo, donde ocupa un lugar central el tema de la justicia referida a los deberes para con el prójimo, tal como compromete la fidelidad a la Alianza. Encontramos referida explícitamente la misericordia al perdón en Mt 18,21-35. Allí se pone en boca de Jesús una parábola que pretende contestar a la pregunta de Pedro acerca de cuántas veces debe perdonar las reiteradas ofensas de un hermano. En dicha parábola aparece un rey que *«tuvo compasión»* y perdonó una deuda a un siervo suyo incapaz, más tarde, de perdonar una deuda

1. DUPONT, Jacques. *El mensaje de las Bienaventuranzas* (Cuadernos Bíblicos, n. 24), Estella 2002.

menor a un compañero. La sentencia final de la parábola es clara: *«¿No debías haber tenido compasión de tu compañero como yo la tuve de ti?»*. Y la propia conclusión de Jesús suena aún mucho más radical: *«Lo mismo hará con vosotros mi Padre»*. Se señala aquí que la práctica de la misericordia es condición para alcanzarla del Padre, pues a la necesidad de perdonar por haber experimentado un perdón previo se añade la certeza de que éste será dado en la medida en que lo hayamos mostrado a los demás.

Especialmente significativo resulta también en Mateo la claridad con la que busca concretar la expresión de la misericordia en obras y cómo hace depender de ello el juicio final: *«"Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino heredado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber, era forastero y me alojasteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme" Entonces le responderán los justos: "Señor, ¿cuándo te vimos así?" Y el rey les contestará: "Os aseguro que cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis... Os aseguro que cuando dejasteis de hacerlo con uno de estos pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo"»* (Mt 25,31-46).

Otras expresiones puestas en boca de Jesús y que de igual manera acentúan la importancia del tema se encuentran en Mt 9,13: *«Entended lo que significa: misericordia quiero y no sacrificios»,* donde Jesús, parafraseando al profeta Oseas, afirma la centralidad del amor sobre cualquier otra prescripción de la ley; y en Mt 23,23 *«¡Ay de vosotros, maestros de la ley y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del anís y del comino, y descuidáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe!»*. En esta última se vinculan tres términos fundamentales que no se pueden entender por separado y que remiten a una única forma de ser y de actuar.

Además del trasfondo que nos ofrece el evangelio de Mateo, es importante tener en cuenta otros aspectos que también nos ayudan a evitar caer en malas interpretaciones de la palabra «misericordia». En muchas ocasiones se ha unido excesivamente al simple sentimentalismo descomprometido o a un cierto paternalismo estéril. Por el contrario, los términos utilizados en los evangelios sinópticos para referirse a los misericordiosos subrayan especialmente una *«disposición objetiva a aliviar el desamparo de otros»,* es decir, no

se refieren tanto al sentimiento como a la traducción del mismo en gestos expresos de piedad y de bondad, de «inclinación hacia» los que se encuentran en la miseria, y todo ello por fidelidad a la Alianza[2]. La misericordia tiene su fuente en las entrañas de cada hombre y mujer capaz de compasión, y desde ellas surge un sentimiento íntimo, profundo y amoroso que no está separado de la acción, sino que se traduce en una reacción consciente ante el sufrimiento ajeno y en el perdón.

Además, la intensidad de lo que esto supone nos remite directamente al Dios «rico en misericordia»[3] cuya imagen recorre toda la tradición bíblica y nos evoca un modo de actuar que no es solo instintivo, pasional o impetuoso, sino lento, paciente y constante. Jesús es la imagen más nítida de este Dios. Su vida pública es un despliegue de misericordia frente a todas las formas de miseria humana: se conmueve ante las necesidades ajenas, y desde esa experiencia vivida en su profunda interioridad genera vida, aporta sentido, denuncia los sistemas que crean miseria y anuncia el amor entrañable del Padre, que se revela en la inclusión de todos y de todas en el banquete del Reino.

Las comidas con publicanos y pecadores y las controversias que ello genera manifiestan también un signo de la misericordia traída por Jesús: *«Muchos publicanos y pecadores se sentaron con él y sus discípulos a la mesa. Los maestros de la ley, al ver que Jesús comía con pecadores y publicanos, decían a sus discípulos: "¿Por qué come con publicanos y pecadores?" Jesús les oyó y les dijo: "No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Yo no he venido a llamar a justos, sino a pecadores"»* (Mc 2,15-17)

Ocultar la mirada

Cuando el evangelista pone en boca de Jesús el anuncio de felicidad que aguarda a los que practican la misericordia, está resaltando un aspecto esencial de la manera de situarse Jesús ante la realidad sufriente y de «hacerse cargo» de ella. La misericordia se convierte

2. Cf. P. Rossano – G. Ravasi – A. Ghirlanda, *Diccionario de Teología Biblica*, Madrid 1990. X. Léon-Dufour, *Diccionario del Nuevo Testamento,* Madrid 1977.
3. Ef 2,4

entonces en «buena noticia» desde la cual se define la verdad de Dios. Mantenida hasta el final y entretejida por la fidelidad a lo real, fue también grito profético desde el corazón de la miseria socioeconómica de la época; gesto salvador para quienes esperaban una palabra de Yahvé cuando ya no quedaban voces que clamaran, y denuncia clara ante minorías que tenían demasiada voz. Jesús se sostuvo en ella, convencido de su fuerza y sin preocuparle adónde le llevaría.

Cuando nosotros/as contemplamos la realidad de nuestro mundo, lo primero que quizá se nos ocurre pensar es que éste no está para muchos anuncios de felicidad ni de buena noticia, y que más vale asumirlo así, pactar con lo posible y quitarnos de la cabeza cualquier otra idea que suene a utopía ingenua. Sabemos que no podemos justificar desconocimiento ante las realidades de miseria y dolor que atenazan a tantas personas e incluso a pueblos enteros. Sin embargo, el mensaje concreto de esta bienaventuranza se opone a nuestros intentos de ocultar la mirada y no estar dispuestos a complicarnos la vida más allá de nosotros mismos y de nuestros intereses.

Cualquier mínimo signo de satisfacción paralizante ante la realidad presente y de preocupación casi exclusiva por lo propio, supone alejarnos de la posibilidad de experimentar lo que significa vivir desde un corazón misericordioso. La felicidad a que se refieren las bienaventuranzas sólo puede ser entendida por quienes desean un mundo diferente del actual. Acomodarnos a la realidad, desentendernos de ella en lo que tiene de compleja y evitar acercarnos a los umbrales donde se encuentran «los últimos», las víctimas que hoy demandan misericordia, nos lleva a acrecentar un sentido latente de inhumanidad que nos impedirá escuchar en nuestro interior el reclamo de justicia que surge cuando se conmueven las entrañas.

Junto a ello, la tentación del «rodeo» suele llamar a nuestra puerta cuando sentimos, al igual que el levita de la parábola del samaritano, que practicar la misericordia puede suponer también enfrentamiento con los «salteadores», con los que han provocado las heridas o las mantienen. Tememos las reacciones que a veces se despiertan al defender la dignidad de cada persona, sobre todo de los que menos cuentan, y empeñarnos en crear relaciones fraternas de comunión que desestabilizan otras relaciones de poder. Cuando permitimos que anide el miedo en nosotros de esta manera, lo más fácil será que terminemos optando por mirar la miseria de lejos, dar un rodeo y seguir nuestro camino.

Y existe otra tentación igual de peligrosa que las anteriores y que nos lleva también lentamente a desentendernos de lo esencial: consiste en confundir la misericordia con las «prácticas de misericordia». Si bien es cierto que el amor se concreta, éste no se justifica con gestos aislados de piedad que no llevan a cuestionar el porqué de las realidades de miseria que fomentan la exclusión social de muchos y muchas. Y es preciso que todo ello se realice al modo «de Jesús»: desde abajo, caminando al lado de quienes viven situaciones de necesidad extrema, con la conciencia de ser todos hermanos y hermanas, sin superioridades ni condescendencias. Si no, puede suceder que aquello que consideramos signo se convierta en lo contrario: en paternalismo, en autojustificación, en tranquilidad de conciencia.

El descentramiento como paradoja cristiana

Por el contrario, los signos del Reino que trae esta bienaventuranza comienzan cuando nos atrevemos a experimentar que «perder la vida es ganarla». Sobre este principio se asienta la práctica de la misericordia que encontramos reflejada en muchas realidades cotidianas que no suelen ser noticias que interesen a los grandes medios de comunicación:

– En aquellos y aquellas capaces de perdonar y, de este modo, manifestar un amor que ha sido sometido a prueba y que hace posible el milagro de la reconciliación.

– En todo intento de romper dinámicas de exclusión y de discriminación; en el reconocimiento de que toda persona tiene un valor inalienable, y nadie puede quedar al margen de la historia; en el compromiso en proyectos alternativos que poco a poco ponen en evidencia los mecanismos que generan miseria.

– En el despertar de conciencias solidarias que, con creatividad, inviten al compromiso concreto a todos aquellos que deseen comprometerse en la construcción de un mundo más acorde con el sentir de Dios.

– En cualquier gesto que nos saque del ensimismamiento en nosotros mismos y nuestros pequeños o grandes sufrimientos y nos conduzca a compartir hasta el fondo el dolor del otro; en la

capacidad de establecer relaciones profundas sin miedo a tocar heridas abiertas; en la decisión de no permitir que el estrés y las prisas nos hagan pasar de largo ante el dolor de los más cercanos.

Son algunos de los muchos modos de hacer de la misericordia buena noticia hoy también en medio de tantas realidades que reclaman una mirada humana y misericordiosa.

«Porque alcanzarán misericordia»

Pero no podemos olvidar que solo Dios es auténticamente misericordioso y que la compasión cristiana encuentra su fuente en Aquel sobre cuya misericordia se asienta toda la tradición de Israel, y que encuentra su más radical manifestación en la Encarnación de su Hijo. Y es especialmente en contacto con el mal cuando su amor se expresa de manera indiscutible como misericordia. Trasciende cualquier modelo humano con el que se le compare: *«¿Puede acaso una mujer olvidarse de su hijo, no tener compasión del fruto de sus entrañas? Pues aunque ella se olvidare, yo no me olvidaré de ti»* (Is 49,15). Sólo de él se dice que es eterno[4], que no tiene fronteras de espacio ni de tiempo: *«El Señor Dios, clemente y misericordioso, lento a la ira y rico en lealtad y fidelidad, que conserva su fidelidad a mil generaciones y perdona la iniquidad, la infidelidad y el pecado»* (Ex 34,6-7). La historia de Israel no es más que la expresión del despliegue de esta misericordia, ofrecida sobre todo en situaciones de pecado o de dolor necesitado de consolación: *«Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios; gritadle que se ha cumplido su condena y que está perdonada su culpa»* (Is 40,1-2); *«Yo el Señor, tu Dios, soy un dios celoso, que castigo la maldad de los que me aborrecen en sus hijos hasta la tercera o cuarta generación, pero soy misericordioso por mil generaciones con los que me aman y guardan mi mandatos»* (Ex 20,5b-6)

En Jesús, esta misericordia parece estar destinada principalmente a aquellos sobre quienes la mentalidad de la época hacía recaer las consecuencias del pecado y eran a menudo excluidos de la salvación: las multitudes formadas por gentes «sencillas», consi-

4. Sal 100,5; 106,1; 107,1; Jr 33,11; etc.

deradas ignorantes y torpes por los maestros de la ley: *«Al ver a la gente, se compadeció de ellos, porque estaban cansados y abatidos como ovejas sin pastor»* (Mt 9,36), leprosos, ciegos, viudas, enfermos... Ellos y ellas son los destinatarios preferentes de su misericordia, a la cual apelan para que sea reconocida su necesidad: *«Al salir Jesús de allí, lo siguieron dos ciegos gritando: "¡Ten compasión de nosotros, Hijo de David!"»* (Mt 9,27); *«Señor, ten compasión de mi hijo, que tiene ataques y está muy mal»* (Mt 17,15)...

Sin embargo, la bienaventuranza aparece expresamente unida a la misericordia que alcanzarán quienes la practican. Ello nos abre un camino que nos permite situarnos también como receptores de esta profunda compasión al adentrarnos en los mismos sentimientos de Dios y experimentar así la felicidad de compartir el Reino anunciado por Jesús. Su seguimiento se hace llamada al compromiso por sostener la fragilidad de una humanidad continuamente necesitada de recreación desde la compasión.

ST 91 (2003) 427-437

COLABORACIÓN

La canonización del Apóstol de Madrid, José María Rubio y Peralta, SJ

Paolo MOLINARI, SJ*

El porqué de las canonizaciones

En los Documentos del Concilio Vaticano II, en la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, se encuentra una frase que, a pesar de ser enormemente rica e iluminadora de una realidad a la que todos asistimos, no ha sido suficientemente considerada por muchos y que, por lo tanto, no ha permitido comprender el significado y el valor de lo que la Iglesia quiere resaltar cuando procede a la canonización de algunos cristianos ejemplares.

He aquí las palabras a las que nos referimos:

> «En la vida de aquellos, que, aunque partícipes de nuestra humanidad, sin embargo se han transformado más perfectamente en la imagen de Cristo (cf. 2 Cor 3,18), Dios manifiesta vívidamente a los hombres su presencia y su rostro. En ellos es Él mismo quien nos habla y nos muestra la señal de su Reino».
> (*Lumen Gentium,* n. 50).

Con estos términos, el Concilio habla, obviamente, de aquellas personas que, habiéndose abierto incondicionalmente a la gracia de Cristo, se han dejado guiar y mover por el Espíritu que el Señor infundía en sus almas; por ello, plasmadas por él, se han hecho pro-

---

* Postulador General de las Causas de Santos de la Compañía de Jesús. Roma. (Traducción del original por *José Luis Gómez Muntán, SJ*).

gresivamente «cristiformes»: personas que en su modo de pensar, obrar y amar han expresado y manifestado, en las circunstancias de vida que les eran propias, algo extraordinariamente bueno y atrayente, idéntico a lo que la gente experimentaba en nuestro Señor Jesucristo cuando Él vivía sobre la tierra. En otras palabras, son aquellas personas para las que vale lo que San Pablo pudo decir de sí mismo: «Vivo yo, pero no soy yo; es Cristo quien vive en mí" (Gal 2,20). Con razón, pues, el Concilio ha podido afirmar que en ellos «Dios manifiesta vívidamente su presencia y su rostro».

Contemplando esta estupenda descripción teológica, no hay que maravillarse de que los que encuentran y se acercan a personas de tal altura y calidad se den cuenta de que están en presencia de alguien que es diferente de los demás y que transmite, aun sin hablar, un mensaje de bondad; se dan cuenta de que están delante de alguien que es como la transparencia de aquel que es la Bondad. Los que tienen tal experiencia no tienen necesidad de razonar: saben que han encontrado a un santo, a una persona unida a Dios. Tal contacto constituye algo indescriptible, que se convierte a la vez en una llamada, una invitación a hacerse mejores, un estímulo para convertirse y para cambiar el modo de vivir y de pensar.

Esto es exactamente lo que se verificó cuando el P. José María Rubio[1] vivía; fue así como se difundió espontáneamente la fama de su santidad.

---

1. José María Rubio nació el 22 de julio de 1864 en Dalías (Almería). Hijo de agricultores, miembro de una familia numerosa (13 hermanos, de los cuales sólo sobrevivieron 6), transcurrió los años de su infancia en un ambiente humana y cristianamente sano. Realizó los estudios elementales en la escuela municipal de Dalías e inició los estudios secundarios en el Instituto de Almería en el año escolar 1875-1876; en el período que va de 1876 a 1879 fue seminarista en Almería, entregándose durante este tiempo al estudio del latín y la filosofía, pero continuando a la vez los cursos para el bachillerato en el Instituto. En octubre de 1879, después de haber terminado los estudios de filosofía en el Seminario de San Cecilio de Granada, inició el estudio de la teología. El 18 de diciembre de 1885 recibió las Órdenes Menores y prosiguió los estudios teológicos. Los concluyó en Madrid en 1887, donde fue ordenado sacerdote el 24 de septiembre del mismo año. Celebró la primera Misa el 12 de octubre en la Colegiata de San Isidro, y quiso hacerlo en el mismo altar de la Virgen ante el que San Luis Gonzaga había sentido su vocación a la Compañía de Jesús. Dedicó luego dos años completos (1887-1889) al ministerio sacerdotal como coadjutor en Chinchón (provincia y diócesis de Madrid); vivió a continuación otro año en Estremera (1889-1890). Después el Padre Rubio fue llamado por el Obispo de Madrid al Seminario de la Diócesis, donde enseñó literatura latina,

Tal fenómeno se verificó no sólo mientras él estaba entre nosotros, sino que se prolongó también después de su muerte; más aún, se intensificó y se extendió; su recuerdo y el de su espíritu fue tal que, en respuesta al sentimiento expresado por los fieles, hubo que proceder a la redacción de su biografía. Su lectura, unida a la de otros folletos informativos, hizo que muchas personas que no le habían conocido personalmente se sintieran impresionadas y atraídas por su bondad y sintieran la necesidad de dirigirse a él en la oración y de pedirle su ayuda, como ya habían hecho tantas personas necesitadas mientras él vivía.

Lo que hemos dicho hasta ahora acerca de aquellos cristianos ejemplares, de los que trataba el texto del Concilio que hemos citado, y de tantos otros que, como el Padre Rubio, han vivido de tal modo que surgió de ellos una auténtica reputación de santidad, es lo que indujo a los Padres Conciliares a completar lo que hemos referido antes; por ello, afirmando que «teniendo alrededor de nosotros tal multitud de testigos (cf. Heb 12,1) y una tal afirmación de la verdad del Evangelio, nos sentimos fuertemente atraídos (hacia Dios y su Reino)» (*Lumen Gentium,* n. 50).

Estas palabras, tan cargadas y ricas de significado, fueron escritas y confirmadas por los Padres Conciliares en 1964; y al suscribirlas, asistidos por la presencia activa del Espíritu Santo, pasaron a formar parte del tesoro doctrinal de la Iglesia Católica.

Si el valor y el alcance de todo esto no ha sido todavía comprendido por muchos, no se le ha ocultado al Santo Padre Juan

---

metafísica y, después, también teología pastoral (1890-1894), mientras se definía a sí mismo como «jesuita de afición», dado que desde el tiempo de sus estudios en Granada había deseado entrar en la Compañía de Jesús; sólo pudo realizar este deseo después de la muerte de su bienhechor y protector, don Joaquín Torres Asensio; por voluntad de éste, el P. Rubio debió dedicarse, de hecho, al estudio del Derecho Canónico, y lo hizo con tal empeño que pudo conseguir el doctorado en Toledo en 1897. En 1904 hizo una peregrinación a Tierra Santa, y luego continuó desarrollando su papel de profesor en el Seminario de Madrid, lo mismo que el de examinador sinodal y notario de la Curia. Por fin, el 11 de octubre de 1906 el P. Rubio pudo entrar en el Noviciado de la Compañía de Jesús, en Granada, como deseaba desde hacía tantos años. El 12 de octubre de 1908 emitió los primeros votos, simples pero perpetuos, como es privilegio de los jesuitas; a continuación pasó un año de profundización en los estudios teológicos, y luego, en 1909-1910, fue destinado como «operario» a la Residencia de Sevilla. En 1910-1911 hizo la llamada «Tercera Probación» en Manresa (Barcelona), y desde allí fue destinado a la Residencia de Madrid, donde vivió y ejerció el ministerio sacerdotal de 1911 a 1929, año de su muerte.

Pablo II: por el aprecio sincero que tiene hacia los Santos y hacia lo que ellos significan para la vida de los fieles, el Sumo Pontífice ha promovido sabiamente una reforma de las leyes de la Iglesia relacionadas con las Causas de los Santos. Lo ha hecho para tratar de conseguir que, perfeccionándolas y enriqueciéndolas, la Iglesia pueda poner de relieve con mayor eficacia el mensaje que los Santos tienen que transmitir en el nombre de Dios. Utilizando como un tesoro un texto que Pío XII había escrito antes de morir, con la misma intención de proceder a la revisión y al perfeccionamiento de la metodología relacionada con las Causas de los Santos[2], en 1983 el Pontífice actual promulgó una Constitución Apostólica con el título *Divinus Perfectionis Magister,* en la que se fijan las nuevas leyes para dichas Causas[3].

En la parte teológica que precede a las Normas que hay que seguir en el proceso de las Causas de los Santos, Juan Pablo II, después de haber citado las frases del Concilio que hemos indicado antes, ha señalado claramente que, «acogiendo con la mayor reverencia y docilidad los signos y la voz del Señor, la Sede Apostólica, desde tiempos inmemoriales, en virtud del grave deber que se le ha encomendado de enseñar, santificar y regir al Pueblo de Dios, propone a la imitación de los fieles, a su veneración y a su invocación, a hombres y mujeres que se han distinguido por el fulgor de su caridad y de las otras virtudes evangélicas, y después de haber hecho las investigaciones convenientes los declara Santos y Santas en el acto solemne de la canonización»[4].

Entre «los signos y la voz del Señor» a que se refiere el texto citado hay que enumerar, en primer lugar, aquel fenómeno del que hemos hablado anteriormente, cuando describíamos lo que la gente común experimenta instintivamente al encontrarse con personas que viven de una manera verdaderamente coherente el espíritu del

2. El texto del discurso que Pío XII pensaba pronunciar en noviembre de 1958 para la conmemoración del XXI Centenario de la muerte de Benedicto XIV (1740-1758) ha sido publicado como póstumo en *Discorsi e Radiomessaggi di Sua Santità Pio XII,* t. XX, Tipografia Poliglotta Vaticana, 1959, pp. 451-472. De él ha hecho un comentario el Cardenal Pietro Palazzini con el título: «La perfettibilità nella prassi processuale di Benedetto XIV nel giudizio di Pio XII», en (AA.VV.) *Miscellanea in occasione del IV Centenario della Congregazione per le Cause dei Santi (1588-1988),* Città del Vaticano 1988, pp. 61-87.
3. Sacra Congregatio pro Causis Sanctorum, *Novae Leges pro Causis Sanctorum,* Typis Polyglottis Vaticanis, 1983.
4. *Ibid.,* p. 4.

Evangelio. Tal fenómeno, que se encuentra bajo la expresión «fama de santidad ampliamente extendida», constituye el primer fundamento necesario para la actuación de la Iglesia en las Causas de los Santos y, por lo tanto, para que se desarrollen las investigaciones necesarias con relación a la vida y la actividad de una persona a quien el *sensus fidelium* considera santa.

Precisamente en virtud de la existencia de una auténtica y ampliamente difundida fama de santidad, que sobrevolaba alrededor de la figura del Padre José María Rubio y Peralta, muerto el 2 de mayo de 1929, la autoridad eclesiástica de la Diócesis de Madrid, con fecha de 30 de abril de 1945, inició lo que se denominaba entonces «Proceso Ordinario» o información sobre la fama de santidad. Pensamos que no es necesario que ofrezcamos aquí informaciones detalladas sobre cómo se desarrolló este Proceso, sobre su duración y sobre el número de testigos que se llamó a declarar, ni tampoco presentar informaciones ulteriores sobre los Procesos Rogatoriales que se realizaron en otras Diócesis en las que el Padre Rubio había vivido algunos años: Sevilla y Granada.

Una vez que la Postulación terminó los estudios necesarios y se redactó, sobre el fundamento de las Actas del Proceso, la Posición sobre la fama de santidad del Padre Rubio; y una vez que se desarrollaron después en la Sagrada Congregación de Ritos los exámenes y discusiones prescritos entonces por la legislación de 1917, el 23 de enero de 1963 se emitió el Decreto sobre la Introducción de la Causa. A continuación, a partir del 6 de marzo de 1965, se inició el Proceso Apostólico sobre las virtudes del Siervo de Dios, que se concluyó el 11 de julio de 1968.

Según el modo de proceder vigente en aquellos tiempos, la Postulación debió emprender entonces los trabajos requeridos, a la vista de las tres fases sucesivas del examen de la Causa, denominadas Antepreparatoria, Preparatoria, Ordinaria; superadas felizmente, se emitió el Decreto sobre la heroicidad de las virtudes del Padre José María Rubio, con fecha 12 de enero de 1984. Habiéndose realizado entretanto la investigación canónica sobre un caso extraordinario de una curación que se había verificado gracias a la intercesión del Padre Rubio, la Postulación pudo redactar por fin, sobre la base de las Actas compiladas, la *Positio super miro* y, después de haberse desarrollado las fases sucesivas del examen por parte de la Congregación, el 21 de marzo de 1985 se emitió el decreto sobre el

milagro, lo que permitió al Santo Padre proceder a la Beatificación del Padre Rubio.

El afecto y la veneración de los fieles hacia quien se conocía como «el apóstol de Madrid» recibieron un nuevo impulso con la Beatificación que el Santo Padre celebró en la Basílica de San Pedro el día 6 de octubre de 1985: en ese mismo acto procedió a declarar también Beatos a otros dos jesuitas: el misionero Diego de San Vitores y el Hermano Coadjutor Francisco Gárate.

La figura del Padre Rubio ha servido de ejemplo para muchos jóvenes sacerdotes y ha sido especialmente querida por muchos laicos que continuaron la actividad caritativa desarrollada por muchas personas bajo la dirección del Padre Rubio. Muchos se han dirigido al Beato para obtener de él la gracia de vivir cada día con mayor intensidad su vida cristiana.

El Señor ha querido después ofrecer a la Iglesia la confirmación de cómo el Padre Rubio estaba unido con él, al conceder –a través de su intercesión– el favor que se le pedía con una ferviente plegaria. La curación de un jesuita, que se tenía por extraordinaria, fue objeto de una cuidadosa inspección: después de que la Consulta Médica de la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos emitiera el veredicto de que dicha curación no tenía explicación en base a los datos de la medicina, el caso se sometió al examen del Congreso de los teólogos, y luego al de los Cardenales y Obispos, que, después de haber comprobado el nexo y la coincidencia entre la oración que se dirigió al Beato y el hecho de la curación, humanamente inexplicable, declararon que había que considerarlo milagroso. Ante tal «signo», dado por Dios a la Iglesia, el Santo Padre Juan Pablo II decidió proceder a la canonización del Beato José María Rubio y Peralta.

A través de los estudios y exámenes que se realizan sobre cómo una persona ha vivido su compromiso bautismal, según las características específicas de su vocación personal –laical, sacerdotal, religiosa–, la Iglesia no sólo intenta probar que lo ha realizado de una manera excelente (tal que lo distingue de los otros, aunque sean buenos cristianos), sino que procura también resaltar las notas distintivas del modo en que esa persona ha vivido su unión con Cristo nuestro Señor. Porque, como sabemos, «los dones son variados, pero el Espíritu es el mismo; las funciones son variadas, aunque el Señor es el mismo; las actividades son variadas, pero es el mismo Dios quien activa todo en todos. La manifestación particular del

Espíritu se le ha dado a cada uno para el bien común... Pero todo eso lo activa el mismo y único Espíritu, que lo reparte dando a cada individuo en particular lo que a él le parece» (1 Cor 12,5-11). Por lo tanto, lo que la Iglesia pretende es poner en evidencia lo que el Señor ha realizado valiéndose de la libre correspondencia de algunos cristianos ejemplares; éstos, con su docilidad a la gracia, le han permitido enriquecerla presentando nuevas formas de vida cristiana y nuevas iniciativas que deben ser desarrolladas después para el bien de la humanidad.

Los rasgos principales de la santidad del Padre Rubio

En los años veinte en la época en que el Padre Rubio vivía y ejercía su ministerio en la capital de España, todavía no se usaba la expresión que está de moda en nuestros días: «opción preferencial por los pobres»; pero había muchas personas que se acercaban con gran amor y espíritu de sacrificio a los pobres, a quienes –como nos ha dicho el Señor– «los tendréis siempre con vosotros» (Mt 26,11).

Uno de los que dedicaron gran parte de su tiempo y de sus energías a los pobres de la Ventilla (uno de los suburbios de Madrid) fue el Padre Rubio. Actuaba sin hablar mucho, pero se apresuraba a inculcar en otros el amor y la compasión que llevaba en su corazón hacia los que tenían necesidad de ayuda: el ambiente preferido de su apostolado eran precisamente los barrios periféricos de la capital, porque sus predilectos eran los más pobres y abandonados: aquellos que estaban expuestos a la explotación de otros, ya fuesen los que se enriquecían por medio del trabajo negro o la prostitución, o bien los que se hundían en la miseria por difundir su ideología revolucionaria. El primer biógrafo del Padre Rubio ha descrito así su actividad en un artículo que publicó en una Revista:

> «En busca de los pobres y de los enfermos, penetró en los arrabales de la periferia, verdaderos estercoleros de la capital, destrozados por la miseria y por la envidia. Se trataba de zonas desconocidas a los mismos madrileños, donde traperos y mendigos vivían y morían entre montones de inmundicias. Aquel "lugar geométrico" de la desventura y de la degradación ofrecía material humano a los pecados de los otros barrios y a los fines de la revolución. De hecho, el Padre Rubio comenzó la evangelización sistemática de

aquella parte de la población cuando la literatura clandestina penetraba en las chabolas, en las casuchas faltas de mesas y de sillas y entre los desechos de las basuras, para transformar a cualquier descontento en un terrorista provisto de armas peligrosas. Aquellos folios daban lecciones de química revolucionaria para fabricar bombas, llenando cascos militares con clorato de potasio, ácido pícrico y azufre, que se podían adquirir en una droguería en cualquier parte. El Padre Rubio comenzó aquel apostolado repitiendo a sus colaboradores que había que lanzarse sin miedo ante los gestos, las palabras o las amenazas»[5].

El texto citado habla de «sus colaboradores»: esto se refiere a otro aspecto característico del Padre Rubio y de su actividad sacerdotal. En los años veinte no se hablaba tanto como hoy de la tarea de los laicos en la Iglesia y del papel que estos tienen en la misión pastoral de la misma; había una mentalidad, más bien difusa, según la cual casi todas las tareas de la actividad pastoral de la Iglesia se encomendaban a los sacerdotes, como expresión de la función sacerdotal; que los laicos estuvieran implicados en este trabajo, haciéndose así auténticos colaboradores de la actividad de la Iglesia, era más bien ajeno al pensamiento y a la postura común de la mayor parte del clero[6]. Para el Padre Rubio, por el contrario, estaba bien claro que cualquier cristiano, en virtud del bautismo recibido, se hace miembro vivo del Cuerpo de Cristo, y por ello, como lo expre-

5. C. STAEHLIN, «L'apostolo di Madrid: il padre G.M. Rubio»: *La Civiltà Cattolica,* 1956, II, pp. 500-501.
6. El año 1951, Pío XII convocó el I Congreso Mundial sobre el apostolado de los laicos, en el que el 14 de octubre tuvo una alocución titulada «L'apostolato dei laici al servizio della Chiesa», en *Discorsi e Radiomessaggi di Sua Santità Pio XII,* t. XIII, Tipografia Poliglotta Vaticana, Città del Vaticano 1952, pp. 291-301. En 1957 convocó el II Congreso Mundial sobre el mismo tema, en el curso del cual tuvo una Alocución el 5 de octubre, dividida en dos partes: I: «Quelques aspects fondamentaux de l'apostolat des laïcs»; II: «Formation des apôtres laïcs», en *Discorsi e Radiomessaggi di Sua Santità Pio XII,* t. XIX, Tipografia Poliglotta Vaticana, Città del Vaticano 1958, pp. 453-473. En 1965, el Concilio Vaticano II dedicó a la vocación de los laicos el capítulo IV de la Constitución Dogmática *Lumen Gentium,* lo mismo que el Decreto *Apostolicam Actuositatem* sobre el apostolado de los laicos. Después, en 1976, Pablo VI constituyó como uno de los órganos permanentes de la Santa Sede el Consejo para los Laicos. Finalmente, Juan Pablo II publicó en 1988 la Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici. Vocazione e missione dei laici nella chiesa e nel mondo.*

só claramente San Pablo, «Dios combinó las partes del cuerpo... para que no haya divisiones en el cuerpo y los miembros se preocupen igualmente unos de otros» (1 Cor 12,24-25).

En la dirección espiritual que ofrecía, valiéndose del ministerio sacramental de la reconciliación, valorado por él en el sentido más profundo, el Padre Rubio hacía de todo para concienciar cada vez más a los que acudían a él de lo que significa y exige el haber recibido el bautismo. Todo cristiano, al haber llegado a ser hijo de Dios, debe comportarse como tal: la máxima que el Padre Rubio utilizaba, expresión de lo que inculcaba por medio de una sana dirección espiritual, era ésta: «hacer lo que Dios quiere, querer lo que Dios hace». Esto quería decir para él que todo cristiano –y, por lo tanto, todo laico– debe asumir en la vida diaria, familiar, profesional y social las posturas que corresponden a las expectativas de Dios, de ese Dios que nos ha hecho miembros de su familia, unidos como miembros del Cuerpo de Cristo y que tienen, por lo tanto, deberes mutuos de caridad y de justicia. En el ejercicio de su apostolado sacerdotal, en el que la administración del sacramento de la confesión ocupaba un puesto primario, el Padre Rubio trataba de ayudar, a todos los creyentes que se le acercaban, a caer en la cuenta de la necesidad de responder a las exigencias del Evangelio y, por lo tanto, a tomarse en serio la propia responsabilidad de plantearse la vida según Dios y según su voluntad: es decir, que Él debe tener la primacía sobre cualquier otro interés, y que el portarse como sus hijos exige que se viva la caridad auténtica hacia el prójimo interesándose por los otros y procurando con empeño su bien, aun a costa de las propias comodidades.

Así fue como llegaron a constituirse gradualmente al lado del Padre Rubio asociaciones de laicos y laicas que se reunían delante del Señor, presente en la Eucaristía, y honraban al Sagrado Corazón de Jesús; tomaron por nombre «Guardia de honor del Sagrado Corazón» y, en el caso de las mujeres, «Marías de los Sagrarios». Lo que revela la eficacia de la dirección espiritual que el Padre Rubio practicaba es que la adoración de Nuestro Señor, presente bajo los velos eucarísticos, y la devoción al Sagrado Corazón, llevaban a estos hombres y mujeres a comprender que debían entregarse como Jesús se entregó y, por lo tanto, gastarse a sí mismos por el bien de los más pobres y necesitados.

Consiguientemente, muchísimas personas se convirtieron en colaboradores eficaces del Padre Rubio en la actividad que lo

empujaba hacia la gente de los barrios más pobres y abandonados de Madrid; colaboradores que, en muchos casos, podían presentarse donde un sacerdote no habría podido poner un pie, ni acercarse a algunas personas que huían simplemente ante la presencia de alguien que vistiera el traje talar. Hombres y mujeres, empeñados verdaderamente en vivir el cristianismo de un modo auténtico, creaban y sostenían escuelas gratuitas, procuraban protección, albergue, enseñanza y preparación profesional a aquellos que, por venir del campo a la metrópoli, estaban desprovistos de todo y eran presa fácil para toda suerte de explotadores; asistían a los enfermos y a los inválidos, procuraban legitimar y facilitar matrimonios de la gente pobre, trataban de encontrar trabajo a quien no lo tenía; preparaban además misiones populares para los barrios más miserables y organizaban también tandas de ejercicios espirituales. Quizás esto puede causar asombro, pero no era esto lo que ellos pensaban, porque el Padre Rubio inculcaba muy claramente que la promoción del pobre debe realizarse en la totalidad, proveyendo, desde luego. a sus necesidades materiales, pero, al mismo tiempo, a su espíritu: el pobre es una persona que debe ser estimada y amada en su verdadera dignidad.

El Apóstol de Madrid era el alma y el sostén de toda esta actividad, que llegaba capilarmente a decenas de millares de indigentes. Aun siendo su gozne, él sabía desaparecer, sabía hacer hacer, sabía otorgar confianza y, con ello, estimular las iniciativas de sus colaboradores, responsabilizándoles cada vez más en su vivir como cristianos y, por tanto, como apóstoles.

Hemos subrayado los rasgos que nos parecen ser fundamentales en la vida del Padre Rubio, los que hicieron brotar actividades en favor de los pobres, impensables entonces, y dieron origen a la valoración del papel de los laicos en la Iglesia. Aspectos nuevos para la Iglesia de entonces: hecho, que no maravillará a quien recorre su historia. Cuando se lee con serena objetividad, se llega a constatar que siempre, en todos los siglos, los Santos –precisamente en virtud de su unión con el Señor y porque participan de su modo de pensar y de obrar– han mirado a la sociedad humana y sus necesidades con los ojos de Dios; amando a los seres humanos como Jesucristo nos ha mandado hacer, han hecho brotar iniciativas para el bien de la sociedad, en las que nadie había pensado hasta entonces; con ello han sido precursores, y de ello se ha seguido como consecuencia lógica que muchos otros, y entre éstos también los responsables de la sociedad civil, se han dado cuenta de que eran ellos mismos los

que debían preocuparse de estas necesidades a las que algunos hombres y mujeres de Dios habían consagrado con amor su existencia, movidos y sostenidos por la luz y la fuerza que sólo Dios puede conceder.

A la luz de esta última observación, se llega a entender dónde se encontraba en la vida del Padre Rubio el manantial del que fluían aquellos ríos de actividad, que no tenían precedente: su ardiente amor al Corazón de Jesús, que amó tanto a los hombres que quiso permanecer presente entre nosotros en la Eucaristía. Los testimonios que dejaron los que le conocieron durante su vida coinciden en resaltar que la devoción típica del Santo fue, sin duda, la del Corazón de Jesús, que ya estaba profundamente enraizada en él desde que era sacerdote secular, pero que se intensificó notablemente después de su ingreso en la Compañía de Jesús, durante su permanencia en Madrid[7]. Fue en virtud de este intenso amor al Corazón divino, definido por un testigo «calamidad de su alma», desde donde el Padre Rubio se sentía atraído a pasar «largos momentos delante del tabernáculo apenas se lo permitieran sus múltiples ocupaciones», y la celebración de la Santa Misa constituía el culmen de su jornada[8]. Él sabía bien que el Señor ha venido a nosotros «para que los hombres tengan vida y la tengan más abundante» (Jn 10,10); sabía y creía firmemente lo que el Señor ha afirmado: «quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en él» (Jn 6,56), lo mismo que «aquel que come de mí vivirá por mí» (Jn 6,57); movido, pues, por aquella fe auténtica, que es adhesión ferviente de amor a la persona de Jesucristo, sentía interiormente la necesidad de alimentarse de la Eucaristía y de permanecer largamente al lado de su Señor, en profunda adoración, para que pudiese transfundir en él su Espíritu de amor y hacerle comunicar su vivo interés y compasión hacia los seres humanos, especialmente los más abandonados y necesitados.

7. Véase el volumen *Matrit. Beatificationis et Canonizationis Servi Dei Josephi Mariae Rubio y Peralta. Positio super virtutibus. Informatio,* Roma 1975, pp. 34-35.
8. *Ibid.,* pp. 32-33.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

El cambio verdadero es el cambio «proactivo», el que brota de la actividad personal, más que el «reactivo», basado en fórmulas ajenas. Pero la empresa del desarrollo personal requiere, ante todo, determinar cuál es el centro en función del cual organizamos nuestro comportamiento; luego, clarificar la jerarquía de los valores existenciales; y, finalmente, organizar nuestras actividades cotidianas en función de su importancia vital, más que según imposiciones ajenas. De lo que se trata es de tomar el mando de la propia vida a partir de una actitud interna de genuina integridad, en lugar de conformarse con la búsqueda de «fórmulas mágicas» externas.

El resultado de adoptar esta actitud protagonista no puede ser otro que un incremento de la propia autoestima, una mejora en las relaciones interpersonales y una nueva sensación de control del propio tiempo. A eso aspira este libro, basado en los planteamientos de la *Logoterapia* de Viktor Frankl y en la emergente psicología de los valores.

184 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 11,00 €**

XVI CONGRESO INTERNACIONAL A.I.E.M.P.R.

(Asociación Internacional de Estudios Médico-Psicológicos y Religiosos)

«GÉNERO Y RELIGIÓN:
Masculino-Femenino y hecho religioso»

Granada, 3- 7 de septiembre 2003

Presidente: Carlos Domínguez Morano
Secretario General: Rafael Briones Gómez

Ponencias programadas

Género y religión: Aspectos biológicos

Prof. Dr. Ramón Nogués
Catedrático de Antropología Biológica. Universidad de Barcelona

Género y religión: Aspectos antropológicos

Prof. Dra. Teresa del Valle
Catedrática de Antropología Cultural. Universidad del País Vasco

Género y religión: Aspectos teológicos

Prof. Dra. Mercedes Navarro Puerto.
Teóloga y Psicóloga. Universidad Pontificia de Salamanca

Género y religión: Aspectos psicoanalíticos

Prof. Dra. Monique Schneider
Psicoanalista. Directora de Investigación en el CNRS. París

Mesas redondas

«Experiencias de género y religión»
«Mujer y Monoteísmo»
«Género y religión: aproximación interdisciplinar»”

PARA MÁS INFORMACIÓN:

Arrayanes Viajes y Congresos, Avda. Madrid, 3 bajo. 18012 Granada
E-mail: v_arrayanes@infonegocio.com
www. aiempr.org

rebelde con causa

Es posible que no te gusten muchas de las cosas que pasan y tampoco como te lo montan. ¿Te aburres, notas que te falta algo y te sientes vacío? De pronto llegas a la convicción de que ya es hora de hacer algo por los demás. Y así, sin más, alguien te propone una causa para tu rebeldía y descubres que en los Jesuitas, los rebeldes como tú son bien recibidos. Sobre todo si lo que quieren es cambiar las cosas, trabajar para y con los demás, luchar para mejorar el mundo. Si tienes ganas y fuerzas para dedicarte a una causa que llene tu vida de sentido, siguiendo los pasos de Jesús, aquí nos tienes.

Tu rebeldía será necesaria para ayudar a muchas causas.

A partir de aquí, tu vida tendrá un sentido. No serás rico ni famoso. Pero serás útil, libre y posiblemente feliz.

JESUITAS

Te entendemos y te atendemos.

Cuando quieras, podemos hablar de esto el tiempo y las veces que haga falta.
Llama al **606.00.40.17.** o escríbe a: jesuitas@probesi.org

Tus preguntas tienen respuesta.